REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXIX — San José, Costa Rica — 1934 — Sábado 3 de Noviembre — Núm. 17

Año XVI. No. 705

SUMARIO

Del homenaje español a D. Miguel de Unamuno

= De *Ahora*.—Madrid, 30 de setiembre y principios de 2 de 1934 =

Decreto concediendo honores extraordinarios

Por el Presidente de la República será firmado hoy, en Salamanca, el siguiente decreto:

La vigorosa personalidad de don Miguel de Unamuno merece los honores de la República en deuda con este hombre admirable, maestro y apóstol de varias generaciones, a las que entregó su espíritu y ofrendó el ejemplo de su vida abnegada y austera.

La Naturaleza quiso concentrar en este gran español todas las virtudes humanas y la más alta representación espiritual de la raza. Su elevación moral y su poderoso entendimiento se adornan con el caudal riquísimo de la más intensa y extraordinaria cultura, de la que fué pródigo para bien y exaltación de la Patria.

La jubilación en su cátedra de Historia de la Lengua Castellana no puede ser más que un episodio administrativo. El maestro Unamuno, durante su vida y después de su muerte, ha de estar unido a la Universidad de Salamanca, madre espiritual de nuestra España. Continuará desde el Rectorado la tradición gloriosa de la vieja escuela. Una de las cátedras universitarias llevará el nombre de Miguel de Unamuno, para que éste, con libertad de temas y de tiempo, no interrumpa su obra magnífica y fecunda, su apostolado y su magisterio, al que se entregó con el fervor místico de los hombres ungidos por el genio y la virtud.

Con la satisfacción de hacer una obra de justicia, de acuerdo con el Consejo de ministros, a propuesta del de Instrucción Pública y Bellas Artes,

Vengo en decretar lo siguiente:

Artículo 1º — El homenaje a don Miguel de Unamuno, que se celebra, tiene carácter nacional.

Artículo 2º — Se nombra a don Miguel de Unamuno rector vitalicio de la Universidad de Salamanca.

Artículo 3º — Se crea en la misma Universidad la cátedra "Miguel de Unamuno", de la cual será titular don Miguel de Unamuno y Jugo, y la labor de aquélla consistirá en cursos, conferencias y lecturas, elegidas libremente por su titular, tanto en lo que se refiere al tiempo como a la forma de realizarlas.

Artículo 4º — Se da el nombre de Miguel de Unamuno al Instituto Nacional de Segunda Enseñanza de Bilbao.

Salamanca, a 30 de setiembre de 1934.

El Ayuntamiento de Bilbao a la ciudad de Salamanca

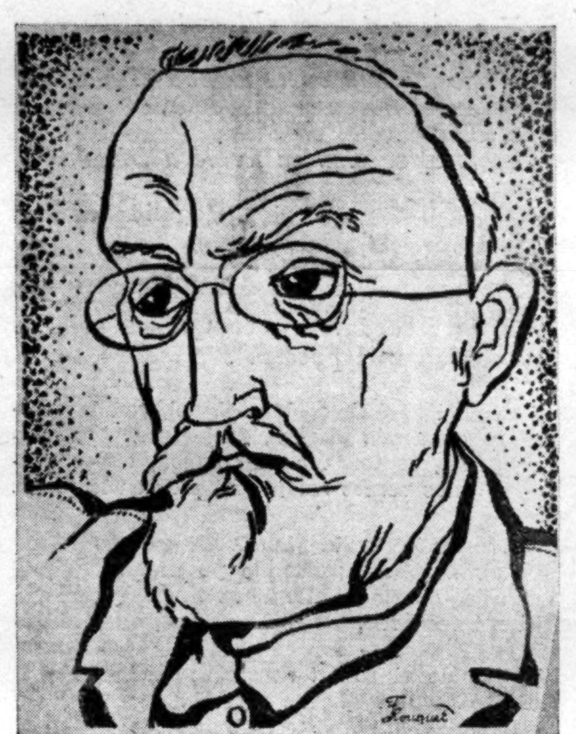
Esa ciudad "alto soto de torres", "bosque de piedras", "remanso de quietud" y "tumba de remembranzas", como con arpada lengua le llamó nuestro preclaro Miguel de Unamuno, y esta "villa tormentosa", "fragua de dolores y de ansias ávida", tendrán en lo futuro un mismo afán: honrar su nombre, y un mismo cuidado: perpetuar su recuerdo.

Bilbao le dió el ser y le forjó el carácter. Salamanca le alumbró la conciencia y le encendió el pensamiento. "Bajo las piedras confidentes" del claustro de Santiago "soñó sus sueños de gloria", "anheló el anhelo que se ignora", sintió por primera vez el "hambre de Dios", que es hambre de inmortalidad y de infinito, y le "brotaron alas"

De su espléndido vuelo inicial hubo de reposar entre las áureas piedras de la Universidad de Salamanca, aun más confidentes e íntimas que las de nuestra basílica y, como ejemplar sembrador de hondas inquietudes, fué esparciendo por surcos castellanos la rica simiente del amor al prójimo y del culto a la Patria, enquistada en estrofas y cláusulas tan llenas de unción cristiana y de conceptos divinos como las del mirífico fray Luis.

Siguió las rutas que otros claros varones de Vizcaya siguieron al buscar, no sólo en el "más allá" del mar, sino en el "más allá" de las montañas, el estímulo de gloriosas aventuras para poner al servicio de la civilización española valor, talento y riqueza.

Siempre se sintió Vizcaya unida en estrecho lazo a las demás regiones españolas, y en cada centuria tuvo la dicha de destacar a algunos de sus más ilustres hijos para que con robusta mano apretaran los nudos de ese lazo. En la nuestra, tan ahita de incertidumbres y perplejidades, ha sido la de su Miguel



Miguel de Unamuno

Dibujo de *P. Flouquet*

La jubilación de Unamuno

Por M. FERNANDEZ ALMAGRO

= De *El Sol*.—Madrid =

Se aproximan las solemnidades organizadas por la ciudad de Salamanca en honor de Unamuno, con motivo de su jubilación como catedrático de la Universidad, que él ha enriquecido en su fama secular, con propios prestigios. Y es claro: dejemos a don Miguel íntegro su derecho al juego de palabras que inmediatamente suscitan las raíces latina y hebrea, por las cuales pueden identificarse el simple fin de una tarea y el gozo de haberla llevado a feliz remate. Júbilo, sin duda, de setenta años vividos con intensidad de espíritu y enorme extensión de logrados frutos. Sin que proceda tomar a la letra el cese de la labor docente, porque no es D. Miguel maestro de los que necesitan para enseñar de mandato oficial alguno. Su cátedra realmente es como ninguna libre y abierta. Aparte de que exista medio legal —que parece haberlo— de continuar explicando griego en Salamanca, Unamuno seguirá adoctrinando con su palabra y

(*Pasa a la página 263*)

el sabio, la de su Miguel el bueno la que los apretó para hacerlo irrompible.

Salamanca: nosotros le vimos ir a ti joven, la frente aun no ensombrecida por los desengaños, el corazón aun no mellado por los dolores. Hoy le encontramos anciano y coronado de canas, cosecha de trabajo y sufrimiento; pero con él nos llega la luz vivificadora de la cultura castellana más deslumbrante que nunca y el clamor de una generación de españoles, que por tener fe en su palabra la tienen en los destinos de España y veneran al pueblo que nacer le viera.

Por ello Bilbao, en la hora del supremo homenaje a su preclaro hijo, te saluda emocionada y se siente a ti unida para siempre.

Bilbao, a veintiséis de septiembre de mil novecientos treinta y cuatro.

El discurso de Unamuno en el Ayuntamiento de Salamanca al descubrirse, en el Salón de Sesiones, la lápida dedicada al maestro

Se levanta a hablar el ilustre maestro. Las lágrimas afluyen a sus ojos, y se le tributa una entusiasta salva de aplausos.

He de dirigirme hoy al pueblo de Salamanca —dice— en esto momentos. después de haber convivido con él durante cuarenta y tres años. Venía de Bilbao, donde había pasado, sino lo mejor de mi vida, sí lo más inocente. Y en esta Salamanca han nacido mis hijos; uno sólo venía de Bilbao, y esto me trae el recuerdo de la madre dándole la leche, con mirada fija en ese campo de San Francisco". (La emoción es intensa ante el recuerdo de la esposa muerta. El señor Unamuno se encuentra emocionadísimo).

Después de un breve descanso, dice que llegó a esta ciudad, que estaba en épocas de lucha, de las que tomó parte en algunas de ellas,

Vine a tomar parte en esas luchas e inmediatamente tomé posición. Su centro dista de 1898, en que hice mis campañas en las federaciones obreras, a las que hoy se llaman Casas del Pueblo y a la que debí, por vez primera, un puesto de concejal en este Ayuntamiento.

No olvidaré tampoco aquellas campañas agrarias por esos campos de Salamanca, hablando algunas veces al pie de las encinas, tan sosegadas, tan quietas; ese árbol simpático que, cuando se cae, sirve para hacer de su madera flautas para cantar la Vida. Después, el destierro... Y aquel día en que al retornar a Salamanca presencié aquella multitud que me vitoreaba. No he sentido nunca más emoción que en aquel momento. Y, por último, aquel 14 de abril, cuando desde este mismo balcón proclamamos la República.

Ha pasado el tiempo y no quiero seguir recordando, porque no sé si podría continuar. Ahora una cosa me llega al alma, y es ver estos elogios y estas atenciones de que se me rodea, y veo que en vez de recordar mis campañas, sólo se recuerdan mis poesías".

Por último, don Miguel, con la emoción más intensa, da lectura a su poesía dedicada a Salamanca, cuyos últimos versos están grabados en la placa.

Del corazón en las honduras guardo
tu alma robusta; cuando yo muera,
guarda, querida Salamanca mía,
tú mi recuerdo.

Y cuando el sol al acostarse encienda
el oro secular que se recama,
con tu lenguaje de eterno heraldo
di tú qué he sido.

El Ayuntamiento de Bilbao a la Universidad de Salamanca

Muchos han sido los favores con que la Providencia quiso premiar constantemente a esta villa por su heroísmo, su amor al trabajo y su veneración a las más sagradas tradiciones; pero ninguno como la de haber escuchado, junto a las demás villas y ciudades de España, la docta palabra de su preclaro hijo Miguel de Unamuno en las mismas gloriosas aulas en las que con horaciano fervor enseñara fray Luis de León.

Miguel de Unamuno ha sido durante lustros el continuador de la obra de aquella fecunda cohorte de insignes maestros con que Salamanca deslumbró al mundo, y con el "crecer lento y seguro" de su alma en el ejercicio de su ejemplar magisterio creció también, lenta y segura, la fe del pueblo español en sus gloriosos destinos.

Nos dijo cómo era siempre fecunda toda lucha, toda agonía, y nos mostró el camino por donde "a lanzadas de luz" habíamos de irrumpir en defensa de la Patria maltrecha y dolorida.

Que esa Universidad haga inmortal su nombre y que el pueblo español repita eternamente sus lecciones. Y así sea la paz entre nosotros.

Bilbao verá ya en lo futuro en tus doradas piedras el rastro imborrable, la huella perenne de su vida extraordinaria, y cuando a ellas se acerque oirá con emoción indescriptible el rumor hondo y lejano de su espléndido verbo

Bilbao, a veintiséis de septiembre de mil novecientos treinta y cuatro.

La última lección del Maestro en el paraninfo de la Univensidad de Salamanca.

Al dirigirse a la tribuna, el ilustre maestro, es objeto de vitores y aplausos. Don Miguel se muestra visiblemente emocionado, y da lectura a la oración inaugural del curso, que es la siguiente:

Compañeros maestros y discípulos, estudiantes todos:

¡Qué de recuerdos, lejanos unos y otros recientes, al venir de despedida, a repetirme una vez más aquí, en este paraninfo, caja de resonancia de tantos de ellos! Vengo a repetirme, repito, a renovarme. Una vida espiritual entrañada es repetición, es costumbre, santo cumplimiento del oficio cotidiano, del destino y de la vocación. Día a día he venido labrando mi alma y labrando las de otros, jóvenes, en el oficio profesional de la enseñanza universitaria y del aprendizaje. Que enseñar es, ante todo y sobre todo, aprender.

Comencé mi primer curso —de Lengua y Literatura griegas no más entonces— en 1891, hace cuarenta y tres años, venido de mi nativa Vizcaya a robustecer en la alta meseta, toda ella cima, los huesos y la piel que el aire del mar y de la montaña nativos me habían fraguado. Y durante cuarenta y tres cursos —quiero contar entre ellos los del destierro a que me sometí por defender la libertad de la palabra y en que con mi ausencia creo que enseñé —he venido colaborando aquí, en esta Universidad, a la forja de la España universal y eterna. Leí, aquí mismo, el discurso inaugural —"alocución exhortativa", le llamé— de 1900, y poco después, aquel mismo año se me elevó a mi primer rectorado en esta escuela de la tradición española.

La gran escuela de la vida

Debería hoy y aquí callar mi acción extrauniversitaria, sobre todo la política. Dudo que me sea hacedero, porque, ¿es que el magisterio público se ejerce sólo en el aula oficial? En aquella "alocución exhortativa" —que no disertación investigativa— de hace treinta y cuatro años —parece como si el tiempo se remansara haciéndose eternidad histórica— os decía, jóvenes estudiantes — o a vuestros padres, que viene a ser lo mismo—: "Ojalá vinieseis todos henchidos de frescura, sin la huella que os han dejado quince o veinte exámenes, y trayendo a estos claustros no ansia de notas, sino sed de verdad y anhelo de saber para la vida, y con ellos aire de la plaza, del campo, del pueblo, de la gran escuela de la vida espontánea y

En el Niágara

= *Envío del autor.*— Costa Rica y octubre del 34 =

Estamos frente al Niágara undísono
que Heredia cantó
y no sentimos en su turbulencia
el grito libertario que él sintió
ni la salvaje cólera
que a él lo inspiró.

La enorme catarata nos impone
silencio arrobador
y nos quedamos mudos, asombrados,
sin palabra, sin voz.

La espuma que se eleva en la caída
nos salpica como una bendición,
y el estruendoso torbellino pone
como un ritmo interior,
un silencio infinito,
una quietud de unción...

Y a pesar de que allí está palpitante
la Vida, y todo es eclosión,
y que atruena en el ámbito el mugido
de aquel torrente arrollador,
el alma queda extática
como si se sintiera frente a Dios!

Rogelio Sotela

Niágara Falls, 20 de setiembre de 1933.

libre!" Os lo decía al cumplir mis treinta y seis años; os lo repito hoy al cumplir mis setenta. Y venir a examinarme a mi vez.

Al enseñar —y aprendiendo al enseñarlas— la lengua y las letras del pueblo heleno, eternamente joven y eternamente anciano— la antigüedad es la niñez de los pueblos y la niñez es la antigüedad del alma— fuí retemplando mi espíritu rebelde a toda disciplina. Tenía que disciplinar a discípulos. Y así llegó a asistirme el ánimo simbólico de Sócrates, el hijo de la partera, el gran partero que se llamó a sí mismo, el que asistía a la mocedad ateniense a que se diera a luz, a propia clara conciencia, la visión del mundo y así la recreara recreándose en ella. Y esto por la palabra. Que Sócrates, como el Cristo, el Verbo, no nos dejó escrito nada; no se enterró en letra.

He dicho alguna vez, con escándalo acaso de ciertos pedantes, que la verdadera universidad popular española han sido el café y la plaza pública. Los usureros de la investigación y avaros de ella suelen quejarse del ingenio que se ha derrochado en España en peñas de casino o de café, en tertulias, en accidentales reuniones de amigos Lo estiman perdido. ¿Perdido? ¿Por qué? Esos ingenuos e ingeniosos espiritus socráticos, tan castizos, no nos han legado sus nombres, pero han conservado y enriquecido la tradición oral y las leyendas corrientes. Han hecho soñar y vivir en el sueño a sus hermanos. Y lo han hecho con la palabra, ya que no con la letra. Con oratoria familiar y privada, no con literatura; con doctrina popular, "folklore", que en inglés se dice.

En el principio fué la Palabra

¡La Palabra! Al principio del cuarto Evangelio, el llamado de San Juan, se nos dejó dicho que "en el principio fué el Verbo", la Palabra, y que "la Palabra estaba cabe Dios, y Dios era la Palabra" y "todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada de lo hecho". Dios, la Cosa de las cosas —Causa de las causas— Dios —"cosa la más excelente", así aprendimos de niños en el Catecismo del P. Astete, luego desacertadamente corregido, me dicen— la palabra que es el hecho, pese a Fausto Que no hay trecho de lo dicho a lo hecho. Y en el principio del Génesis, que Dios creó el cielo y la tierra diciendo, y llamó al firmamento cielo, y a la luz, día, y a las tinieblas, noche, y a la seca, tierra. y a la congregación de las aguas, mar. Y luego que llevó a Adán, al primer hombre, todos los vivientes de la tierra y las aves del cielo, para que les diese nombres, aquél con que llamó a cada viviente, ése es su nombre. Y a cada nuevo Adán que llega a nuestro mundo, a cada niño, cuando se le ha enseñado el nombre de una cosa la ha conocido, la ha hecho suya y una, la ha hecho cosa con el nombre. Preguntar: "¿qué es eso?" quiere decir: "¿cómo se le llama?" En el principio fué la palabra. Y en el fin lo será, pues a ella ha de volver todo. Que no es sólo un por qué, una causa —cosa— inicial, sino un para qué, en fin. Y es un por qué por ser un para qué. El hombre deja a la tierra unos huesos y al aire un nombre, un nombre en la memoria de la Palabra creadora, en la Historia: tejido de nombres; un nombre —si logra buena ventura— más duradero que los huesos, más que el bronce. "Aere perennius", que dijo Horacio, a quien explicamos en nuestras clases.

El nombre es el hombre

¡La palabra y el nombre! "Santificado sea el tu nombre" se nos ha enseñado a rezar. Y es que el nombre de Dios es Dios, es divino. "¡Dime tu nombre!", suplicaba anheloso Jacob al ángel con quien luchó, pasado el vado de Jaboc, hasta el rayar del alba. "¡Dime tu nombre!" Y Jacob le dijo el suyo para que le bendijera. "¡Espíritu sin nombre!", suspiraba nuestro pobre poeta Bécquer. Y cuando nuestro antiguo compañero, el Reverendo Padre Maestro Fray Luis de León, doctor de esta Escuela, y cuyo bronce aun nos amonesta en su nombre, más duradero que él, desde el adjunto Patio de Escuelas, cuando quiso zahondar en los misterios de la fe de su pueblo, dijo con su pluma los "Nombres de Cristo"

¡El nombre es el hombre! Se nos cuenta en el mismo cuarto Evangelio cómo el Cristo, al estar en Jerusalén en la fiesta de Pascua, no se confió en los que confiaban en su nombre por las señales que hacía, pues no necesitaba que atestiguaran acerca del hombre. Pero el hombre sustancial y esencial es el nombre, es la persona. ¿Qué es definirse —¡lo que se ha pedido esto!— sino darse nombre, llamarse? "Me llamo así" quiere decir: "quiero ser así". Y lo que se inmortaliza es el nombre, que es la piel espiritual y el pecho por que traspira y aun respira el alma. El hombre hecho nombre queda hecho persona. Y ¿qué es la llamada persona jurídica sino un nombre? El nombre, la palabra es la verdadera acción, el dicho es el hecho. El centurión evangélico, sabiendo que con sola su palabra ordenaba la acción, pedía a Jesús que dijese una sola palabra y a distancia sin entrar en su casa, para sanar a su criado perlático.

La palabra y la letra

Desde aquí mismo, hace dos años, al abrir el curso 1932 a 1933, lo abrí en nombre de Su Majestad España —en su nombre y paladeándolo con fervor al pronunciarlo —y mi voz resonó en ella. Y es que la palabra es acción. El espíritu, la respiración sonora, el son, hacen el Verbo, la Palabra, y la palabra hace la visión, la idea. Los santos padres de la Iglesia griega llamaron al Espíritu, al Soplo nominador, Santa Sofía, Santa Sabiduría. Y ella hizo el Logos, el Verbo. Que la filosofía, el amor del saber, brota de la filología, del amor del decir.

Y así, apenas nombrado por primera vez rector de esta Escuela, en octubre de 1900, días después de mi otra oración inaugural, se me encomendó, además de la enseñanza de la lengua y literatura griegas, la de lo que se llamó primero "Filología comparada del latín y castellano" y después "Historia de la lengua castellana", y es la sola disciplina con que me quedé a la vuelta de mi destierro. ¡Denominaciones burocráticas, rituales, litúrgicas casi! Pero la segunda condice ya mejor con la cosa. Primero, filología, amor de la palabra, del nombre; después, historia. Y en resolución, lo mismo. Porque la historia, la tradición viva, queda y vive en la palabra, en el verbo, en el nombre, siempre presente. Historia no es letra, no es documento escrito, no es escritura, antes bien lectura, lección, leyenda. No existe históricamente el hombre que se queda en la letra, sino el que vive en la palabra, el que obra hoy por hoy, el de leyenda. Y hasta los nombres de ficción, las creaciones de la palabra humana, los de poema, existen históricamente más que los enterrados sin nombre

Era mi disciplina "Historia de la lengua", no de la literatura, no de la letra mientras no responda a la palabra. Se ha dicho que todo castizo escritor castellano es un orador por escrito. Mejor que ser un escritor por habla. No hablar

como un libro, sino que el libro hable como Santa Teresa hablaba con su pluma, como un hombre ¿Retórica? ¿Y por qué no? Lo malo de la gramática es lo que tiene de "grama", de letra. La letra mata; el espíritu, el son, vivifica. Y aun así es inevitable el documento. Y menos mal que, gracias al fonógrafo, se empieza a pensar en el archivo de la palabra. Mas, ¡ay!, de la palabra acaso en conserva de lata. Esta misma mi segunda oración inaugural habría yo preferido que fuese verdadera oración, orada, dicha —no recitada—; pero me he tenido que rendir a la liturgia académica, y más ante el amago de la taquigrafía. "Verba volant"; pero la palabra misma es vuelo, y deja su vuelo al aire el pensamiento vivo sin dejarse enjaular y menos embalsamar.

La tradición histórica nacional en el tesoro del habla

"¿Historia? —decía a vuestros padres desde aquí mismo, hace treinta y cuatro años, y os lo repito hoy— Historia es lo que en torno vuestro ocurre, el motín de ayer, la cosecha de hoy, la fiesta de mañana. Sólo con el "hoy aquí" entenderéis rectamente el "ayer allí", y no a la inversa; sólo el presente es clave del pasado y sólo lo inmediatamente próximo lo es de lo remoto. Lo que no descanse de una manera o de otra en el presente, ya a flor de él, ya en su lecho de roca sedimentado, no fué más que fugitiva apariencia. Es el presente el esfuerzo del pasado por hacerse porvenir, y lo que al mañana no tienda, en el olvido del ayer debe quedarse".

Y hoy, al repetir mi lección de antaño, he de deciros que lo viviente es el esfuerzo de lo vivido por hacerse por vivir, de la tradición por hacerse progreso y ventura Y lo aplicaba entonces a la historia de que empezaba a profesar, a la de la lengua. "¿Lenguas? —decía—. Jamás comprenderéis con comprensión activa y fecunda, no pasiva y "estéril cómo una lengua vive mientras "no abráis los oídos a la que en vuestro derredor suena, prestándolos atentos y fieles a los modismos del vulgo, "a sus dichos y decires, a todo lo que "como a barbarismo indigno de atención "han solido desechar los que hacen del "lenguaje un producto de pacto literario "sujeto a académica prescripción". Así os decía, y empecé en la lengua castellana a buscar a España, a tratar de descubrirla, a descubrírnosla. "Descubrirnos a España —digo, os decía—, "porque si es cierto, como por muchos "se nos asegura, que su mayor riqueza "material en su subsuelo se esconde esquiva mientras araña el labriego con "el tradicional arado la ligera capa que "la recubre y vela, en su subsuelo espiritual también, en los no escudriñados soterraños de su cotidiana vida colectiva yace tal vez el venero de su renovación futura mientras seguimos arañando con nuestra crítica y apologética "en las humosas glorias de su capa histórica. Tenéis que descubrir a nuestro "pueblo tal como por debajo de la historia vive, trabaja, espera, ora, sufre y "goza". Sólo tengo que rectificar ahora el mal sentido que entonces daba, erradamente, a lo histórico. Lo que en uno de mis ensayos de "En torno al casticismo", llamé la intra-historia es la historia misma, su entraña. Y en cuanto a la lengua, ya Campmany decía que lo más del romance castellano está enterrado en la entraña verbal del pueblo. Hay que desenterrarlo, pues, mas no para desterrarlo.

Y es lo que he venido haciendo en mi cátedra oficial aquí, con mi palabra hablada, en mi acción pública en toda España, con mi palabra escrita, durante estos treinta y cuatro años, y aun desde antes. Buscar la tradición histórica nacional, fuente de su progreso y ventura, y hasta de sus revoluciones, en el tesoro del habla, del lenguaje; bregar en el escudriño de sus entrañas, a desentrañarlas. Toda la civilización, toda la economía, todo el derecho, todo el arte, toda la sabiduría, toda la religión española están ahincados en los entresijos de su lenguaje y hasta laten en el tuétano de sus huesos.

El dialecto individual y regional dentro del idioma común.

Querer es sentir, sentir es pensar y pensar es hablar, hablarse uno a sí mismo y hablar a los demás, y con Dios, si lo logra. Convivir es consentirse, y consentirse es entenderse unos a otros, comprenderse. Y esta convivencia social, civil y religiosa, esta comprensión, que es la patria, la nacionalidad, nos es más preciosa ahora, en esta crisis de renacimiento —de renación la llamé un día— y que nos entendamos y comprendamos unos a otros y cada cual a sí mismo. La verdadera comunidad nace de comunión espiritual, verbal, y ésta de entendimiento común, de verdadero sentido común nacional. Común y propio a la vez. La lengua viva, de veras viva, ha de ser individual, nacional y universal. Dialectal, es decir, de diálogo, de conversación y de concordia. Y de dialéctica. Y hasta de polémica, que es, a su modo, una concordia entre discordias. Cada uno ha de formarse y reformarse y transformarse su propio dialecto individual y regional, su propio idioma —idioma quiere decir propiedad— dentro del idioma común, y enriquecerse de él y enriquecerlo enriqueciéndose. Y he aquí por qué, estudiantes salmantinos, he venido estos años esforzándome, socráticamente, en enseñaros a aprender la misma lengua que hablábais, a daros conciencia clara de ella, a que la diérais a luz y aprenderla yo así de vosotros y todos de consuno a desentrañar el romance castellano que nos está haciendo el alma española. No a disecarlo técnicamente —lo que es meritorio—, sino a recrearlo. A alumbrar su vivo manadero, en gran parte soterraño.

Pensar en lengua española, es pensar lo que esa lengua ha pensado, creer lo que ha creído.

Y esto es filología viva, amor de habla, y no exclusivamente erudita investigación de seminario técnico, que no es, a lo sumo, sino una indispensable —que no podemos ni debemos dispensarnos de ella— preparación para lo otro. Como es la crítica preparación para la poética, la comprensión camino de creación. ¿Para qué comprender si no se ha de crear? La misma crítica, cuando es viva, es recreación y es desecho de poesía; que así como se pulían diamantes con polvo de ellos, se ensaya a las metáforas, se las pule —y clasifica y estudia— con polvo de ellas. Con esa filología, con ese amor del habla común y propia a la vez, nacional e individual a la par, individual y universal, que es lo mismo, con ella cobraremos el heredado patrimonio espiritual de nuestra raza histórica, de nuestra cultura. A presión de siglos, encerrado en metáforas seculares, alienta el ánimo, el espíritu, el soplo verbal que nos ha hecho lo que por la gracia de Dios, la Palabra suma, somos: españoles de

España. Las creencias que nos consuelan, las esperanzas que nos empujan al porvivir, los empeños y los ensueños que nos mantienen en pie de marcha histórica a la misión de nuestro destino, hasta las discordias que, por dialéctica y antitética paradoja, nos unen en íntima guerra civil, arraigan en el lenguaje común. Cada lengua lleva implícita, mejor, encarnada en sí, una concepción de la vida universal, y con ella un sentimiento, — se siente con palabras, — un consentimiento, una filosofía y una religión. Las lleva la nuestra. Y el enquisar, el desentrañar esa filosofía, es obra de la filología, de la historia de la lengua La llamada filosofía en general ¿qué es sino la historia del pensamiento universal humano encarnado en la palabra? No definición silogística, sino descripción narrativa; no dogmas, sino leyendas, personas. Los genuinos pensadores son los poetas. Las grandes religiones universales viven en nombres de personas, no de ideas abstractas. La fábula se explica por sí misma, y sobra la moraleja. Y es locura pretender que no se enseñe a nuestros hijos la visión, la concepción y el sentimiento del mundo que se encierra en el son del habla que aprenden de la boca de sus madres con la leche que maman de sus pechos. Es nuestro mundo. Ninguna creencia, ningún ensueño, ninguna leyenda, ningún mito, si fueron vivos, mueren. Y no será español quien no conozca, y con amor, los que fraguaron a su España. El niño nace inconciente, y se hace su conciencia en el seno de su pueblo, que es como su matriz espiritual. ¿Respetar la conciencia del niño? Pero ¡si no la tiene! Recibe el habla materna, que es la sangre del espíritu, y con ella toda la visión y toda la concepción del mundo que ella encierra. ¿Enseñanza objetiva? ¿Y qué es objeto? El individuo es, ciertamente, un producto social; pero la sociedad es un producto humano e individual, y el hombre un animal racional —civil, político le llamó Aristóteles —. Racional —de razón, "ratio", y éste de "reri", hablar— quiere decir verbal: el hombre es un animal que habla. El español que no piense en lengua española, si es que no sabe otra, no es que no sea español, es que no piensa, no es racional. Y pensar en lengua española es pensar lo que esa lengua ha pensado, creer lo que ha creído. Porque una lengua, alma de un pueblo, piensa y cree. Y no digamos que no siente, porque se siente en pensamiento —los sentimientos son pensamientos en conmoción—. Lo otro son sensaciones animales, no racionales, no humanas, no personales. Y basta observar, por otra parte, la honda cultura tradicional de tantos analfabetos.

La refundición de nuestros romances, verdadera lengua secular de España

Y el desentrañamiento de este nuestro romance castellano me llevó a rebuscar en su raigambre, que se enlaza y junta y une con las de los otros romances de nuestra Iberia, con las de los otros dialectos de la común habla románica, latina. Y así me vi llevado a enquisar y requisar las diversas hablas de nuestra Iberia y su recíproca influencia. En mis clases universitarias se iniciaba el estudio del catalán y valenciano, del gallego y el portugués, y aun de otros. De mi cátedra han salido no pocos enamorados del habla y la literatura catalano-lemosina y galaico-portuguesa. De tales diferencias surge la integración. Yo espero —y lo dije en ocasión para mí solemne y desde otra tribuna pública— que la venidera lengua secular de nuestra España máxima, de nuestra Iberia, se haga de la refundición —mejor que federación— de nuestros romances. Y que no tengamos ya en adelante que traducirnos, que es traicionarnos.

"Esta fué mi obra"

Tal ha sido mi labor, de que por despedida de cátedra oficial me creo en el deber de venir hoy aquí a daros cuenta. Tal ha sido mi obra. La inicié sin programa, sin definición previa. Pues tal como dijo atinadamente Goethe, con el tino de un poeta, el hacer preceder una definición a una obra, a un tratado de una disciplina cualquiera, es no darse cuenta de que hay que acabar la obra para poder llegar a la definición. Esto que os digo no es un prólogo, sino un epílogo; no un programa, sino un epígrama, o metágrama, si se quiere. No lo que voy a hacer, sino lo que llevo ya hecho. ¡Esta es mi obra! ¿Juegos de palabras? Con ellos Quevedo, nuestro gran conceptista, nuestro gran verbalista, al adentrarse en las entrañas del romance castellano escudriñó hurgando en el alma de su pueblo. Y lo mismo Calderón, y Gracián, y los místicos, y tantos otros. Esta fué mi obra, y obra política también. Política, es decir: civil, de civilización. Y paso por alto las discordias estrictamente políticos que en nuestra vida universitaria se produjeron. ¿Qué no debe entrar la política en la Universidad? Según a qué se llame política y a qué se llame universidad. ¡De partido, nó!; ¡de entereza, sí! ¡Triste y menguado el porvenir de España si estos templos civiles de la cultura patria se achican y oscurecen en oficinas de facultades profesionales para ganarse la vida que pasa y no queda en la historia! En cada ciencia especial, su historia es su esencia vivificante, y lo otro, la técnica, lo codificado, no pocas veces un certificado de defunción. Hay que hacerse mártires, esto es: testigos de esa cultura; y el mártir da su vida por la palabra, por la libertad de la palabra. Da su vida, pero no se la quita a los otros; se deja matar, pero no mata. Al recordar todo esto creo mostraros el hilo de propia continuidad de toda mi obra, y que este hombre a quien se le ha supuesto tan versátil, ha seguido, en su profesión académica como en la popular, una línea seguida.

Sed hombres de palabra, hombres de Dios

A esta mi obra responde, creo, vuestro homenaje. Lo acato. Homenaje — ¡siempre el filólogo!— deriva de "hominem", de hombre, y he procurado cumplir mi misión, mi destino, de hacerme hombre universitario de la España universal. Y llevar su nombre, su palabra, no sólo a las naciones a que se extendió nuestro romance, el que conquistó la mayor parte de América y porciones de las otras partidas del mundo, sino a las otras que sienten y piensan en otros idiomas. Se conquista con la palabra. Más ha ganado para España el Verbo castellano por la pluma de Cervantes en su "Quijote", hijo de palabra, que ganó don Juan de Austria con su espada en la batalla de Lepanto. Me he esforzado por conocerme mejor para conocer mejor a mi pueblo —en el espejo, sobre todo, de su lengua— para que luego nos conozcan mejor los demás pueblos— y conocerse lleva a quererse— y, sobre todo, para ser por Dios conocidos, esto es: nombrados, y vivir en su memoria, que es la historia, pen-

samiento divino en nuestra tierra humana.

Y mis últimas palabras de despedida, compañeros de escuela, maestros y estudiantes, estudiosos todos: Tened fe en la palabra, que es la cosa vivida; sed hombres de palabra, hombres de Dios, Suprema Cosa y Palabra Suma, y que El nos reconozca a todos como suyos en España. ¡Y a seguir estudiando, trabajando, hablando, haciéndonos y haciendo a España su historia, su tradición, su porvenir, su ventura! Y ¡adiós!

Después de leer la oración inaugural y como complemento a su última lección, dice:

Impreso ya este discurso, vino a mi memoria el recuerdo de un Viernes de Dolores, 2 de abril de 1903. En ese día, la Guardia civil mató a dos estudiantes de esta Universidad. Un dolor que se me clavó en el alma. Uno cayó aquí mismo, el otro en el patio de Escuelas Menores. No he de llegar aquí para decir culpas o disculpas. Eran dos pobres muchachos, pacíficos, sencillos, buenos. Creyeron los relatos de otro compañero, víctima de alucinación, y se dejaron arrastrar por ese visionario.

Emocionada exhortación a los estudiantes

Después, si han vuelto los alborotos en esta Universidad, fueron inocentes. Se han mantenido alejados de ese campo incruento, siendo sus algaradas especie de deporte revoltoso, no revolucionario, cuando no juguetón. Y puesto que este curso prohibe las aperturas académicas, excepto en esta Universidad, donde yo sigo de rector, quiero hacer un llamamiento a la paz en la guerra, a estos estudiantes. Aquí no se ha privilegiado a ninguna Asociación escolar. Una sola vez se aprobaron unos Estatutos por la autoridad gubernativa, amparados en un decreto; mas yo no la reconocí. No hay otra Asociación que la que formen los estudiantes matriculados. No la reconocí pensando en aquellos pobres muchachos, caídos por las balas de la Guardia civil.

¡Mis estudiantes! ¡¡Míos!!, no podían caer como aquéllos, ni tampoco pueden ocultar en el libro blindado, convertido en caja de repugnante matute, unas pistolas. No podían, no pueden ser víctimas de esa epidemia terrible que está corrompiendo a España. (Enorme ovación).

¡Estudiantes míos! Sería congojoso para todos, y en especial para mí, que hubiera llegado a los setenta años sabiendo que ocultabais armas de fuego o armas blancas en vuestros libros. Tampoco dejaréis pasar otras armas peores, que son la calumnia, la injuria y los insultos, de los que tanto empiezan a abusar vuestros mayores, incitándoos a renegar de los que os dieron la vida. Tenéis que enseñar a vuestros padres, a nosotros, que esas no son más que unas ganas mortales de disolución. Os lo pido a los setenta años. Por España, por esta España de Dios, por el Dios de España, por la suprema palabra creadora. Y ahora, ¡adiós!

(Gran ovación. Don Miguel se encuentra emocionadísimo, y sus ojos se llenan de lágrimas).

Discurso pronunciado por D. Mario Sancho

en el acto de clausura de la Exposición de Artes Plásticas, la noche del sábado 27 de octubre de 1934

= *Envío del autor.*—Cartago, Costa Rica =

Desde que, según cuentan las crónicas, el italiano Jerónimo Benzoni, soldado de la expedición del conquistador español Diego Gutiérrez, dibujó en 1544 la casa de recreo del cacique de Suerre, a nuestros días, ha corrido bastante agua, si no bajo los puentes, al menos por el cauce de ese río, a cuyas orillas inauguró aquel artista aventurero el arte de pintar en Costa Rica, o para decirlo más claro, ha pasado un buen lapso de tiempo, por más que tal vez la mayoría de los costarricenses no lo hayamos echado de ver.

Remota, muy remota, antójasenos aquella fecha de iniciación de la pintura entre nosotros, y sin embargo, pudiera decirse que como arte verdaderamente nacional, sus orígenes y comienzos datan apenas de ayer, cuando un grupo de muchachos, —el mismo que ha venido organizando estas exposiciones con un esfuerzo sólo comparable con su desinterés—, le volvió la espalda al academismo ñoño y desabrido que hasta entonces, con excepción hecha de un Bigot o de un Páramo en lo antiguo y de algunos pocos intentos bien logrados en lo moderno, había monopolizado aquí el uso del pincel, sin que sus propósitos o pretextos artísticos consiguiesen nunca estremecer auténticamente la sensibilidad de quienes pedimos al arte algo más que la fría semejanza, la imitación servil de la naturaleza. Eran aquellos academistas, pintores impersonales, destituídos de ideas y de emoción, incapaces, eso sí, de ninguna imprudencia respecto a la línea o al color y tan medrosos de la luz que sólo la trataban y esto con tímido miramiento, cuando no podían evitarla. Estaban como sometidos a un canon rígido, inmutable, que no concedía a sus practicantes más poder expresivo del que tiene una cámara fotográfica, y que negaba a la pintura los recursos de invención y originalidad posibles en la música, la danza, la poesía y otras artes y hasta en la misma vida, la cual ofrece, al menos durante el sueño, la oportunidad de percibir imágenes y sonidos originados no de los hechos naturales, sino del libre juego de las capacidades sensitivas humanas. En sus cuadros, la gente no lograba encontrar otra cosa que el parecido. También es cierto que el parecido era todo lo que ella buscaba. Un retrato era considerado bueno cuando reproducía hasta el detalle menos importante, aquel quizá que había escapado al público en la observación del retratado, pero no así al ojo del artista, tan acucioso de trasladar a la tela somáticas minucias como indiferente e inepto para entender y reproducir los rasgos psicológicos de su modelo. Se ha dicho que un buen retrato vale por una biografía. Pues bien, de los que estos maestros han hecho de nuestros contemporáneos no estamos seguros que puedan decir mucho a las generaciones venideras. Y aun la gente parece que se diera cuenta de ello. ¡Si no le falta más que hablar! Tal suele ser la inevitable exclamación ante la efigie del prócer nacional o familiar ¡Y cómo podrá hablar si le falta voz, alma, vida en una palabra; si en su factura se le ha dado menos importancia a lo esencial que a los detalles nimios de que nuestros descendientes no harán ni tienen por qué hacer ningún caso!

El paisaje tampoco era tratado a lo hondo. Se le miraba sin interés, sin entusiasmo, sin amor, y el resultado era una cosa fría y convencional, falta también de vida, de aquello que hacía decir a Coleridge, en 1933, hace un siglo: "Mirad este florero de Van Huyson y estos duraznos y albaricoques de cera; los últimos son más parecidos a su original, pero ¿qué placer pueden procurar? Ninguno, excepto a los niños!" A los niños estamos nosotros tentados de observar, a los niños ingleses de aquel tiempo y a los viejos costarricenses de éste

Claro es que tal escuela apenas si podía contentar a señoritas aburridas, a quienes no les gusta jugar cartas y prefieren matar el tiempo con una caja de pinturas, y que estos muchachos habían de declararse al fin en huelga de semejantes ñoñeces en cuanto se descubrieran a sí mismos y entendiesen que una obra de arte no puede surgir sino de una colaboración del artista con la naturaleza, y que un cuadro es, como decía el mismo Coleridge, algo intermedio entre un pensamiento y una cosa. Mucho se les ha criticado su liberación valiente. La rebeldía no es una cualidad amable y popular en este país, y todo lo que venga a antagonizar nuestro espíritu superficial y convencionalista es mal visto entre nosotros. En arte, como

en todo lo demás, queremos seguir evadiendo la realidad. Así nada tiene de extraño que estas exposiciones, en lugar de invitarnos a rectificar prejuicios y de impulsarnos a descubrir nuevos horizontes artísticos, exacerben por el contrario nuestro inveterado conservatismo. La que ahora estamos cerrando ha sido especialmente eficaz en este sentido. ¡Cuántos críticos no han desfilado de esta vez con el ceño fruncido y el semblante descompuesto por las travesuras de nuestros jóvenes pintores! De todos lados se oyen censuras del dibujo y del color de algunas obras. Nosotros, conociendo nuestra ignorancia técnica, quisiéramos eximirnos de pasar juicio sobre ellas, pero no podremos menos de observar que algunas de esas censuras son, en nuestro concepto, de la misma naturaleza de los reparos que podría hacerle un chalán cualquiera de Cartago al caballo del San Martín que pintó el Greco hace varios siglos y está hoy en el sitio de honor de la principal sala del Museo de Boston.

Gran revuelo han causado especialmente ciertos cuadritos de carácter alegórico e intención satírica contra la inanidad de nuestra Enseñanza, la solemne importancia de nuestros peritos judiciales, la pasión que tenemos por las frases hechas y la ambigua mentalidad de nuestras madoninas de la llanta. Y lo curioso es que quienes han censurado con tanto encono las faltas y exageraciones de dibujo de esos cuadritos, las tolerarían y hasta celebrarían si las vieran en la sección de caricaturas, donde debieran haber sido expuestas, pues que, como observó muy bien un crítico inteligente de esta Exposición, tales cuadros no son otra cosa que caricaturas, no ya de personas sino de instituciones y prejuicios populares. De suerte que todo el error estuvo en no haber tomado en cuenta el espíritu ordenancista de nuestro público y haberle dado **the right thing but in the wrong place:** (una cosa buena pero en lugar equivocado).

Nada de esto, sin embargo, debe preocupar en lo mínimo a nuestros jóvenes artistas. Toda labor, en ese, como en los demás campos: el social, el político, el económico, ha de ser dura, y el mérito y ulterior provecho de ella están precisamente en un voluntarioso espíritu de contradicción a las ideas y a los gustos corrientes. De esta aspiración a salirse fuera de la rutina, más que del conformismo tradicional, espera el país la revelación de su propia realidad, la cual ha de consistir, no en la apariencia externa de las cosas, sino en su significación íntima, y ha de impedir también que acabemos de perder, mitad por influencias extrañas, mitad por dejadez y vanidosa cursilería, el estilo de nuestras casas y costumbres.

Tengan la seguridad estos muchachos de que cuantos espíritus de verdad liberales hay en el país simpatizamos grandemente con su actuación renovadora y que a nosotros ni nos asustan ni nos disgustan sus inquietudes, atrevimientos e irreverencias. Todo eso, pensamos, está muy bien mientras no se olvide del todo que la imagen artística debe ser, según observa Croce, sensible e inteligible, o lo que es lo mismo, apta para ser comprendida por los sentidos y por la inteligencia. Aun así, el arte ofrece amplio campo a toda suerte de originalidades, cambios y osadías, pues lo único que el arte repudia es la quietud y la frialdad de muerte de quienes llegan a él sin amor y sin entusiasmo.

Y aquí es fuerza, señoras y señores, que pongamos punto final a esta descosida charla para no demoraros más el placer de rendir pleito homenaje a la reina gentil y a sus damitas de honor en cuyas sienes brilla la única corona contra la cual no se mueven revoluciones en el mundo, y a cuyas manos está ya encomendado el premio más precioso a que pueda aspirar el esfuerzo humano: el de la consagración artística por obra de la misma Belleza en persona.

La jubilación de...

(*Viene de la página primera*)

con su pluma a gentes de los cuatro puntos cardinales sobre las más varias disciplinas. Setenta años no son para él un punto final, sino una razón más de plenitud. "Plenitud de plenitudes y todo plenitud", es el título de uno de sus ensayos, que podía servirle de divisa a la hora, en modo alguno melancólica, de una jubilación convencional.

Junto a la extraordinaria categoría asumida por Unamuno, ensayista; por Unamuno, novelista; por Unamuno, poeta; por Unamuno, dramaturgo; por Unamuno, en suma, pensador y "sentidor", el Unamuno catedrático no pasa de representar una mera anécdota biográfica. Pero no... La presencia de D. Miguel en el profesorado español es ejemplar y edificante por cuanto corrobora el servicio fidelísimo a una vocación por tantos otros traicionada. Pudo Unamuno limitarse a ser, en el escalafón, ilustración y ornato. Pero ha querido ser, y ha sido, realidad directamente sentida por los alumnos mediante la experiencia cotidiana de las clases. Probablemente, el hechizo de Salamanca ha entrado por mucho en la motivación de este raro fenómeno: una capital de provincia reteniendo a un hombre extraordinario. Lo normal acaso hubiera sido que éste se considerase allá de paso, propicio a las seducciones de Madrid. Salamanca y Unamuno, por el contrario, se han fundido en abrazo que tanto indica vocación inexpugnable como sensibilidad especial en cuanto a los más delicados y profundos encantos y secretos de la raza, típicamente condensados en la ciudad del Tormes.

Es curioso señalar a este respecto la filiación vasca de D. Miguel, porque en él se hace más patente esa castellanización de los vascos más escogidos, en señal de que aun opera una fuerza histórica incontrastable de veras, por la cual todos los españoles reducen sus diferencias —más aparentes que reales— a la unidad de un sentimiento nacional, que bien podemos llamar ibérico. Desde este punto de vista, percibimos claramente sobre la maltratada Península una triangulación espiritualmente fijada por Unamuno, Guerra Junqueiro y Maragall, salvando lo conveniente en cada caso.

Cualesquiera sean los antecedentes y contactos de D. Miguel de Unamuno, es lo cierto que nadie le ha superado en sus hondas y personalísimas exploraciones a través de la conciencia española. Bien entendido que para Unamuno España es tanto Historia como Naturaleza; de donde resulta que su punto de partida es de inconmovible firmeza.

Hecho a mirar las cosas de España de hito en hito, de arriba abajo y de abajo arriba, Unamuno está a salvo de incurrir en impresionabilidades de momento, y no digamos en convencionalismo de partido. Unamuno no se inmuta en su alto miradero: no varía, digan lo que quieran quienes se complacen en cazar superficiales contradicciones. Hay que calar muy hondo para hallar el secreto sistemático de las verdades de Unamuno. O cuando menos — ¡qué menos!, — leerle con atención. Quien tal haga percibirá a través de los múltiples juicios sobre el problema de España, aquí y allá, un hilo continuo, de alta tensión moral, muy por encima de los conceptos de otro tipo —políticoadministrativo más bien— que "el 98" canonizó. ¡Qué distinto es "el 98" de Unamuno al de los demás!

Luz de perennidad ha iluminado los estudios y emociones de Unamuno sobre los temas nacionales Así, ha podido España descubrirle su misterio, compartido por la tierra con sus hombres, vivos y muertos; por el mar, que es el camino de las grandes empresas; por el cielo, meta última. Cuarenta años han pasado desde que Unamuno abrió todo un camino con sus famosos ensayos "En torno al casticismo". Otros escritores le han seguido en la sugestiva ruta. Unamuno mismo continuó por ella, y hoy puede decir que nadie ha llegado tan lejos, enriqueciendo de continuo el panorama de sus meditaciones, pero inalterables las líneas esenciales y eterno el claro fondo: claro y problemático a la vez.

"No, nadie se conoce hasta que no le toca —la luz de un alma hermana que de lo eterno llega,— y el fondo le ilumina": he aquí unos versos de D. Miguel que cuadran muy bien a su misión cumplida como esclarecedor del alma hispánica. "A mí, que tanto me duele España, mi patria —ha escrito también— como podía dolerme el corazón o la cabeza..." Tan consustancializados están España y Unamuno, identificados en el dolor, pero también en la esperanza; el uno siente por la otra, y lo que tantos, en días de zozobra, nostalgia, ensueño, ideal, no saben expresar, Unamuno lo expresa por todos. Equivocándose, además de los que creen descubrirle contradicciones, los que le tachan de intelectualista, distante y egocéntrico. A él, que es la conciencia viva de su pueblo...

Naturalismo y utopía

Por ARTURO CAPDEVILA

= De *La Prensa*.—Buenos Aires, Rep. Arg. =

Pero, ¿quién es aquél que allá va conduciendo su ofrenda a los altares de unos dioses de humo? ¿No es acaso aquel derribador de aras, de todas las aras del pasado, que decretó además la muerte de los héroes del romanticismo? ¿No es aquél, Emilio Zola?

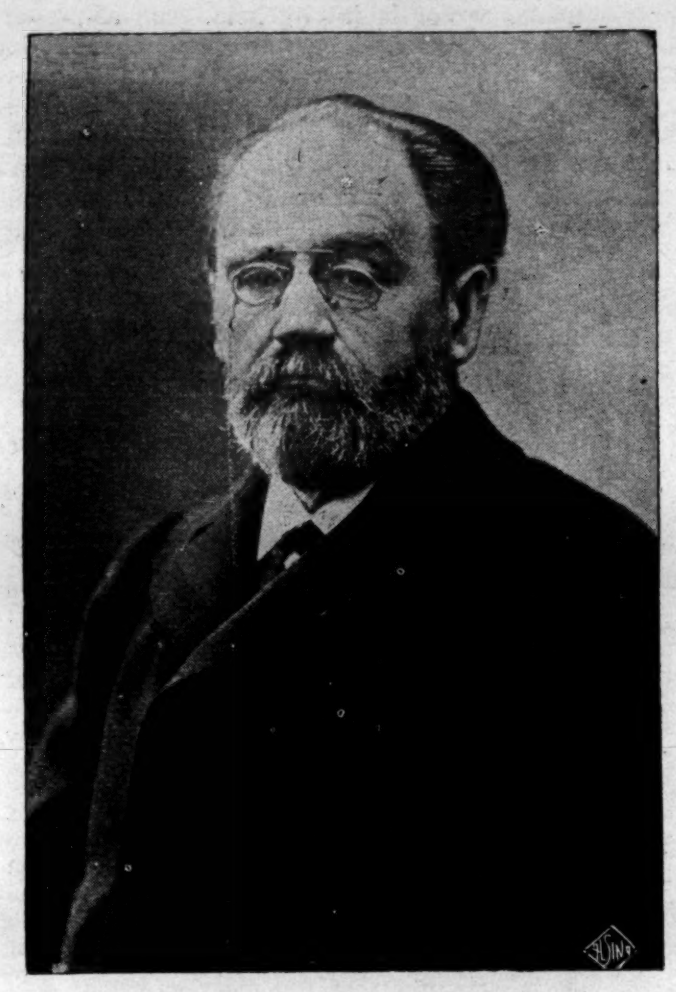
Zola, Zola, el que derribó las aras del pasado: Zola, el que dijo: "Mueran los héroes románticos"; Zola, el ateo, el hombre sin Dios ni dioses; Zola, él mismo, es el que lleva aquella ofrenda de su novela "Trabajo" para la gloria de unos dioses de humo, emanados un día de la calenturienta cabeza de Fourier, el utopista máximo.

El que buscaba rutas hacia los nuevos tiempos, helo aquí por revueltas del camino, en inexplicable consorcio con la utopía furierista. El que no quiso hacer ofrendas en las aras de un pasado muerto, no acertó a saber que hay otras ofrendas igualmente vanas: las que se hacen en las aras de un porvenir desatinado. Vanidad de vanidades. Si caprichosa y convencional es la Edad Media de Hugo, como lo gritaba Zola a los cuatro vientos del mundo, ¿qué nos quedará por decir del falansterio furierista?

Pero vengamos a la novela misma. Estamos en el torbellino de la lucha de clases. Una huelga de mineros estalló formidable en la región de Beauclair; una triste, dolorosa huelga que finalmente fué sofocada por el hambre y por las cargas de los gendarmes. Puños crispados, gritos, gritos histéricos de infelices mujeres: gritos horrendos de pobres Hércules vencidos; dolor de niños que piden pan; voces de cansancio y juramentos de odio: todo eso flota todavía en la negra noche, por las callejas y las plazuelas de la aldea sórdida y tétrica. Y de rato en rato, el paso de las patrullas que vigilan aún.

Pero ¿quién va allá? Lucas. Sigámosle. Lucas es el héroe de la novela, el evangelista de este evangelio. Es una especie de inspector de Jehová. Aunque parezca muy raro, asimismo salió de la pluma naturalista de Zola, con la existencia falsa de las creaciones arbitrarias. Pero sigamos a Lucas. Es joven. Es fuerte. Anda y observa. Todo lo observa y lo mira. Es un auténtico inspector de Jehová, al otro día de la hecatombe.

Escrutándolo todo, anduvo mucho. Realmente bajó al fondo de los sufrimientos y miserias del pueblo; y al cabo de su jornada se refugió bajo el techo de un amigo en el pueblo trágico. Allí es donde Lucas anuncia un futuro mejor; allí es donde alarma el egoísmo de los ricos anunciando la supresión del derecho hereditario; allí es donde toma los contornos de un reformador social. No hay quien no escuche su palabra con los oídos del alma. El anuncia que la revolución está en marcha, y todos sienten pasar en sus palabras "el fuerte aliento del mañana". ¡Ay del lujo inicuo! ¡Ay de la sociedad injusta!



Emilio Zola

Este Lucas, este inspector de Dios, el menos real y el menos realista de cuantos personajes animó el genio portentoso de Zola, este Lucas es una encrucijada para el maestro del naturalismo. Es muy divertido mirar desde afuera este íntimo conflicto del personaje. Este inspector de Jehová, cuya vida toda será entregada a la realización de una utopía, debe moverse en un mundo, no solamente real, sino — lo que es más grave — realista. No conocemos más extraño maridaje que éste del naturalismo y la utopía en el personaje de Zola.

La suerte está echada. Después de una negra noche de fiebre y de insomnio, Lucas se tiene por el predestinado. Ha visto tristísimas cosas en Beauclair, y hasta ha sentido pasar "un viento de locura y de odio que llevaba la rabia a los corazones, mientras monstruosos dramas manchaban los hogares, volcando en la cloaca padres, madres, hijos". Todos los apóstoles del nuevo amanecer le llaman en la siniestra noche: Saint-Simon, Fourier, Comte, Proudhon, Cavet, Leroux . . . El se queda con Fourier.

—Claro. Utilizar las pasiones como fuerza de la vida: éste es el camino. Cosa de veras genial. ¡A edificar el falansterio!

¿No era él un salvador? Urgía devolver la paz al hombre; utilizar sus pasiones en lugar de ponerse a domarlas; ennoblecerlas, en suma, trocándolas en energías creadoras; "libertar al hombre del peso abrumador de las religiones de la nada". Soñaba una asociación coordinada del trabajo, del capital y del talento. Quería poner los cimientos de la Ciudad Feliz.

Y se levantaron los nuevos muros y se dieron las nuevas tablas de la ley. La fábrica de nuevo tipo abatirá en el contorno a las de tipo antiguo. Todo trabaja en ella para el triunfo esplendoroso: el dinero y la tierra, los brazos y las herramientas, el sudor y el talento. Después, a repartir los beneficios, cada día mayores. Lucas es llamado, por los unos, redentor; por los otros, enemigo público. La cosa no tiene remedio. La Crécherie es como una república nueva que ha de entrar forzosamente en guerra con todo lo vetusto y perdido. Como sucede siempre, hay un momento en que muchos se desalientan y van quedando. ¡Pobre Lucas! Hay hombres fuertes, sanos, que ya no quieren seguirle. Empezaban a no creer en su ciudad de trabajo, de justicia y de paz. Ahí tenéis a Ragú. Ragú es un obrero que echa de menos la aventurera libertad de su pasada vida; un obrero que echa de menos la vida sórdida de ayer, el vil tugurio, el barrio nauseabundo en que era vil, pero libre. No puede más con el orden escolar del falansterio, y levanta bandera de rebelión.

Lucas se pone caviloso. Algo falta, sin duda, en su fábrica, en su plantel de ciudad ideal para la suma perfección de la obra. Y exclama: "¡Es que no aman! Si amasen, todo se fecundaría, todo brotaría trasformado bajo el sol". Sin perder un solo día, el amor debe ser introducido en la ciudad naciente de la felicidad y la justicia. ¿Qué pasará? El corazón utopista de Lucas se enciende a un nuevo ensueño. Entre tanto, sueltas andan las pasiones, las pasiones de siempre, los lobos, las panteras, las zorras de siempre. De pronto, una puñalada por la espalda. Lucas, el de los amores con Josina, el apóstol de la libre unión, ha sido apuñalado por sus cabales. ¿O era justo que tuviese amores con la mujer ajena? Las zorras, las panteras, los inmundos jabalíes de siempre andan sueltos, y no por sueltos dejan de ser lo que son.

Pero Lucas no muere. Se levanta. El frustrado matador ha huído, y Josina es suya. En cuanto a la ciudad, sigue creciendo. El triunfo maravilloso comienza a imponerse. En cuanto a la fábrica y al barrio del viejo tiempo es evidente que sus días están contados Y, en efecto, ved ahí una noche aquel incendio. Es el pasado que arde: triste hoguera de la iniquidad y del dolor.

Por lo demás, las fieras comienzan, por no sabemos que rara virtud, a tornarse mansas y dulces. Zorras, jabalíes, panteras y lobos cambian de naturaleza. Lucas tiene una amante y dos amigas, Josina, Soeurette y Susana. Les llama sus tres Virtudes. El porvenir luminoso se realiza día a día. Van pasando los años y Lucas prosigue su obra, lleno de valor, encendido de entusiasmo y de fe. Ya todos creen en su misión. Pasan ocho años. Pasan diez años más. La ciudad ideal está poblada de niños. El amor sigue rigiendo los días gloriosos de la Crécherie: "el amor vencedor y fecundo". Lucas ha llegado a los 65 años: se deleita con la vista de tanto niño alegre "el edificador de ciudades". ¡Cómo sonríe, seguro de que toda la equidad soñada se realizará mañana con ellos y en ellos!

Escuelas y asilos maternales son lo mejor de la obra redentora de Lucas. También da gusto el ver la Casa Comunal en medio de un prado cubierto de flores. De allí salen las disposiciones del gobierno: prudentes y mansas. ¡Qué dichas cívicas las de Lucas, las de este divino Lucas que ya va para viejo! Sobre el césped, bajo unos grandes castaños, los niños de su ciudad

(Pasa a la página 266)

Gregorio Gutiérrez González o el paisaje y el hombre

Por GERMAN ARCINIEGAS

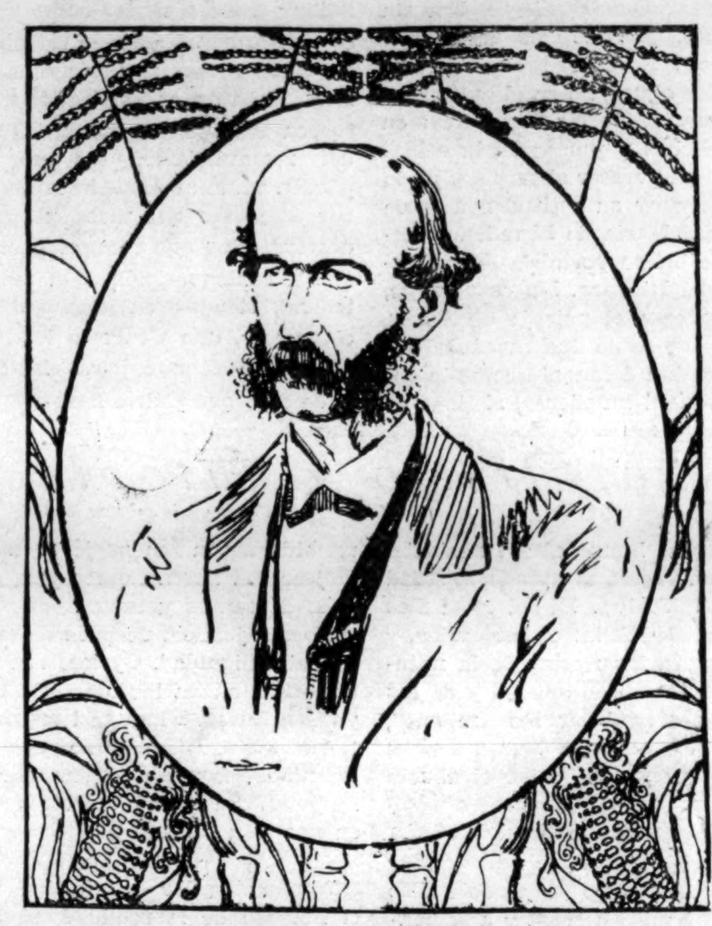
= De *Lecturas Dominicales*.—Bogotá. Enero de 1933 =

Los paisajes huraños

Por una extraña paradoja de la naturaleza el trópico no se entrega sino a los más sutiles buscadores de belleza. El viajero que sigue los caminos de piedra de los Andes casi siempre se queda perplejo ante la inmensidad de los panoramos abiertos a su contemplación. Las montañas se desarrollan bajo una diafanidad que quema los ojos en sistemas de sierras, de valles, de cadenas, de abismos, de cumbres, de curvas bizarras o graciosas, en donde la imaginación vuela como un nauta sin rumbo tratando inútilmente de enmarcar las perspectivas en fuga. El espectador es un vencido por el paisaje. Se queda lelo, como un idiota y como un idiota avanza sin establecer un punto de contacto que lo relacione con el ambiente. En la literatura se patentiza esta idiotez cuando empiezan a desfilar por sus cauces adjetivos abstractos que no denotan sino la incapacidad del escritor delante de lo que no logra asir entre el puño firme de una palabra certera: "la belleza del cielo", "la grandeza de las montañas", se dice cuando no se tiene nada que decir. Y así le ocurre al noventa por ciento de los escritores que usan de palabras vacías para describir el trópico.

Otras veces ocurre que el espectador se convence definitivamente de que no tiene nada que decir y entonces surge lo que se ha llamado la "muda contemplación de los paisajes". El turista anota: "Me quedé mudo ante la grandeza de lo que veían mis ojos". Es éste un caso típico de incapacidad.

¿Qué significa todo esto? ¿Es que detrás del grande espectáculo del trópico no hay sino el vacío? ¿Las montañas y los ríos y las llanuras están metidas acaso dentro de una burbuja azulenca en cuyo interior no se mecen sino las notas de la nada? No. Lo único cierto es que el paisaje del trópico es un paisaje difícil. A pesar de ese despliegue de panoramas que ofrece a los ojos del espectador, se esconde y se recoge en una intimidad que muy raros son los ojos que logran descubrir. La vegetación que parece entregarse en un alarde de lujuria no hace sino ocultarse, esquivarse, engañar con ceibas gigantes y con helechos arborescentes que se dirían arrancados a las viñetas que los geólogos dibujan de las épocas prehistóricas. Los paisajes del trópico son tesoros, pero tesoros que sólo encuentran los artistas predestinados a ser buscadores de bellezas.



Gregorio Gutiérrez González

Buscadores de bellezas

Detenido, por accidente de viaje, una noche, en Puerto Liévano, que no es sino un claro abierto a orillas del Magdalena para montar una docena de casas de guadua y hojalata, me crucé con un pintor que suele vagar por esos sitios buscando, desde hace cuarenta años, el misterio que los atardeceres imprimen a los paisajes andinos. Un día, lejano ya, el pintor, siendo apenas un adolescente, dejó la casa paterna para correr a la ventura por los Llanos. La tempestad le sorprendió mal amparado bajo el techo de un bohío que crujía entre los brazos del huracán. Afuera rodaban en los campos los carros de las nubes sobre ruedas de fuego. Cimbraban las entrañas de la tierra al paso de ese pavor en donde no se sabía si era más doloroso el azote de los relámpagos o el bramido de los toros recogiendo la vacada temblorosa. El jovenzuelo se miró suspendido en medio de aquel espectáculo, el más grande que según parece puede ofrecer al hombre la naturaleza irritada. Sus ojillos, adiestrados en el juego tranquilo de las colinas y riachuelos que circundan la sabana de Bogotá, vinieron a ser los ventanales inesperados por donde se metió en su espíritu toda la pasión del vendaval.

No sé si esta aventura del pintor a que me refiero, que no es otro que el paisajista Zamora, determinó en él la vocación de penetrar en los misterios del paisaje. Lo cierto es que él conserva todavía fresco este recuerdo de hace cuarenta o cincuenta años, y que desde entonces no ha dejado que caiga una tarde sin asomarse a dialogar con ella.—¿Qué hace Ud. por aquí, maestro?—le pregunté en Puerto Liévano.—Estoy estudiando —me contestó: — Doy vueltas por la montaña, camino por las orillas del río, tomo apuntes: vengo buscando una interpretación lo más fiel posible de esta luz nuestra que alumbra de manera tan especial, con tonos tan difíciles, en gama tan variada estos contornos: no he encontrado nada todavía, trabajo desde hace cuarenta años, pero yo creo que ya estoy sobre la meta: ¡algo he podido ver!

Esa confesión sencilla de Zamora me llenó de alegría. Sólo con una devoción semejante puede acercarse el artista al trópico y tener la esperanza de encontrar algo de lo que el forastero no acierta a descifrar. El trópico está lleno de forasteros. Todos en él son forasteros. La dificultad de llegar a la esencia de sus paisajes hace que aun quienes en él nacieron se desvíen y eludan su interpretación.

Este es el valor insigne que encuentro en la obra de José Eustacio Rivera. Para escribir un libro de poemas y otro sobre un paisaje, él bajó en piragua los ríos que fecundan el interior de Colombia, ejercitó el ojo hasta captar el relámpago de plata en que se envuelven y revuelven los peces cogidos por las tenazas nacarinas de las garzas, adiestró el oído hasta conocer la lengua de las palomas torcaces, hizo finas las cuerdas de la emoción para percibir la llegada de los vientos que galopaban retardados detrás de los potros salviajes. ¿Por qué triunfó Rivera? ¿Cómo llegó a esa comprensión de su tierra que le ha hecho célebre en las letras universales? Creo que el procedimiento fue muy simple. El hizo el juego inverso al juego de la naturaleza en el trópico, burló la paradoja, y deteniéndose en las cosas insignificantes pudo elevarse hasta la comprensión total de los paisajes más dilatados.

El método científico empleado a la ciencia del paisaje

Si el paisaje se oculta desplegándose en toda su grandeza, pues del propio modo puede sorprendérsele dándole la espalda a su grandeza para encontrar sus claves en los detalles insignificantes. Posiblemente, esto puede ser hasta científico. Parece que la ciencia nace de coleccionar datos minúsculos que, como inesperadamente, sirven de puntos de apoyo a las leyes generales que informan su atrevida arquitectura. En el caso del arte, lo mismo que en el de las ciencias, se necesita la visión genial de un artista para hacer brillar en una gota de agua, y en sólo una, todos los cielos, toda la gracia, toda la belleza del paisaje.

Los ingleses—que se encuentran muy cerca del animal inferior por muchos aspectos—, si atraviesan un paisaje del trópico se encaminan a los detalles, ciertamente. Coleccionan orquídeas, buscan plantas raras que envían a Kew Garden para que sean clasificadas por los botánicos, y toman apuntes sobre la manera de trepar los armadillos. Pero los ingleses jamás podrán, o lo podrán muy difícilmente, arrancar toda su belleza al detalle y hacer que la gota de agua le bañe la cara al paisaje, lo resuma y lo exalta, y ofrezca en el pulido espejo de su botoncillo de diafanidad la copia vívida de una maravilla sin límites.

Gregorio Gutiérrez González representa en Colombia el tipo perfecto del hombre que supo ponerse a nivel con el paisaje en donde tuvo la suerte de nacer. Sobre un plano de la cordillera central, aislado de todas las agitaciones ciudadanas, vivía en una hacienda cuya casa es un balcón colonial que mira a uno de los rincones más tranquilos de los Andes: un rincón cercado de colinas, cruzado de cristales y metido todo dentro de una gran campana azul en donde no repican sino las vocecillas de la iglesuca de La Ceja. En resumen, nada. El viajero llega, sufre el encanto de la llanura deliciosa, encuentra un sitio en donde sus pupilas pueden emprender largas ex-

cursiones y se queda bobo, lelo, idiota, sin hallar los caminos que le conduzcan a gustar íntimamente de lo que cautiva la libertad de sus miradas.

Creo que Gutiérrez González aplicó a su juventud la fórmula del verdadero explorador. Para mí el explorador no es un individuo que se traga las distancias a zancadas de siete leguas, no es el joven resistente que traza cruces sobre el mapa de la república en un vértigo de caminatas estúpidas. El explorador fino ha de ser un individuo que acorte las jornadas y las haga profundas, que aprenda a detenerse indefinidamente, hasta clavarse en un punto en donde sus ojos echen raíces. Sabio o artista, este explorador no tiene por destino presentar largos itinerarios, sino itinerarios hondos. Y Gregorio Gutiérrez González fué tan fiel a este destino que acabó por ver todas sus montañas en la gota de agua que tiembla sobre la palma de un helecho.

Aures

De La Ceja a Sonsón el camino lleva el ritmo de la montaña: es un cintillo ocre que se mece sobre la ondulación andina. El viajero lleva siempre, delante de los ojos, vallecillos que descienden hasta el profundo cauce que recoge las aguas dislocadas. A medida que avanza la vista, las montañas se funden en macizos de trazos gigantescos. Esto bastaría para hacer un gran paisaje, pero, queriendo dar un espectáculo mayor, estas grandes montañas que se hunden en la lejanía apenas son un primer término para medir la inmensidad de las moles del fondo, remotas contagiadas del azul blanquecino del cielo, que abren el cauce del río Arma, cuya fama corre por la boca de los arrieros.

El paisaje es un paisaje de árboles y de aguas: es un paisaje de montañas. Es posible que estas abras de los Andes tengan algo del fjord escandinavo. ¡Qué prodigios los del agua! Tirándose los riachuelos sobre las rocas cortadas a pico, se quiebran, se desflecan y forman cascadas que le dan un encanto nuevo a cada nuevo recodo del camino. Los ríos, corriendo por el fondo de los valles, forman venas turbias, porque vienen teñidos por la corteza de los árboles. ¿Venas turbias? No: rubias. Son ríos rubios como la miel, como el río de la miel que lleva perfumes de musgos, aromas de montaña por el opalino caudal de sus desvíos.

Pero de todos los ríos, es el Aures el más bello; sus cascadas abren brecha en la montaña. De todas las perspectivas, la más bella es la de Aures: los follajes como que se ven henchidos de mayor grandeza, tal vez por la simple circunstancia de que el viajero se acerca más a la montaña, o por la inconducente razón de que hoy está envuelto aquello por el espíritu de Gutiérrez González. La verdad es que el poeta se vió frente a un espectáculo magnífico, grandioso e inasible. Afortunadamente su ciencia de artista le condujo sin tropiezos. ¿Dónde se detuvieron sus ojos? No en el bravo derrumbe de las aguas, no en el anfiteatro monumental de las montañas: en los helechos y juncos de la orilla!

Pudiera parecer absurdo, y no lo es, comparar su actitud con la de don José María de Heredia, cuando este brioso portalira se vió delante del Niágara. No es absurdo, digo, porque el paisaje de Aures, aunque no se dé una macánica hidráulica tan detonante como la del salto yanqui-canadense, sí tiene de fondo una mole de cordilleras que puede producir arrobos semejantes. Pero Heredia no era simple, carecía de la humanidad necesaria para conjugarse con el paisaje, y entró a cantar como un loco; gritó, llamó a todas las musas para que vinieran en su ayuda, sufrió arrebatos, en una palabra, que fueron muy celebrados en los días del romanticismo, pero que hoy pueden verse al desnudo como trucos de teatro que más producen desconciertos que recogimiento.

En contraposición a la actitud teatral, siempre en acecho de los cañonazos, don Gregorio buscó la más insignificante para henchirlo de algo que podría llamarse inspiración, pero que al propio tiempo puede no ser sino el descubrimiento de los significados ocultos. ¿Por qué la canción de Aures corre hoy como la más popular de las canciones andinas? Sencillamente porque por ella se va al fondo de las montañas: es como la agujita de acero imantado o como la estrella palpitante — corazón de paloma—que le sirve al nauta para orientarse en las llanuras azarosas del océano. Los Andes requieren claves sencillas: podría decirse que lo hacen para humillar al hombre. Pero no: el reino de los humildes no es un reino de esclavos, sino de gentes que ya poseen algo de la ciencia divina.

Gutiérrez González ve que las aguas, se descuelgan reventando granito, taladrando montaña, y se inclina para mirar cintillos en arcos de esmeralda. El fragor no le importa. De toda la montaña lo único que detiene su mirada es la casita blanca: pero ni siquiera la casita blanca: el humo blanco azulado del hogar. Lo mismo que le ha ocurrido en toda su poesía, el tema es siempre algo que se fuga, la flor que se marchita con la luz del sol, la lucecilla de los cocuyos, la pompa de jabón que sube henchida por el aliento tibio de su hijo y se tornasola con la luz del sol.

El hombre y el barro

Distraído, mientras los obreros modelaban en greda fresca tejas y ladrillos, miraba un día Gutiérrez González esa faena humilde pero en donde hay algo del encanto de la alfarería. La tierra húmeda, los dedos del hombre, han sido el tema de las creaciones más bellas: la historia de todas las culturas ha empezado a escribirse con esos materiales. Es imposible evitar ciertas divagaciones que surgen naturalmente cuando se encuentra al hombre modelando la tierra.

Gutiérrez González, distraído, trazó con una astilla su nombre sobre la teja que estaba lista para la próxima hornada. La anécdota es ridícula. Es casi un proceso retrospectivo. Gutiérrez González volvía de esta manera al barro. Ese barro, cocido entonces y conservado hasta hoy, parece una pieza babilónica de su monumento. Además, una teja es algo que nosotros no hemos sabido querer nunca.

Y, sin embargo, esa teja es un símbolo. Es una escuela. Hay que volver a la tierra húmeda, endurecerse en el fuego, derramar el espíritu sobre las cosas minúsculas o comunes para llegar a la verdad o a la belleza. Hay que rasgar la tierra con la voluntad recogida para gozar los zumos que alimentan el paisaje. Los Andes no pueden conquistarse sino a partir de la gota de agua. La vida comienza cuando el soplo inspirado toca la arcilla húmeda.

Naturalismo y autopía...

(Viene de la página 264)

cantan un himno al sol naciente. ¿Es que vuelve al mundo la Edad de Oro? Vuelve. El sol es el dios de la ciudad feliz: el único dios, y sus fiestas, las fiestas de la naturelaza. "Astro de bondad y de luz que haces madurar las mieses", cantan los niños. Y Lucas sonríe; Lucas, que ya es como el abuelo de todos.

¿Y la iglesia de Beauclair? La vieja iglesia se cae, se está desmoronando. El viejo sacerdote dice su última misa heroica y a sabiendas de que los mal sostenidos techos se van a desmoronar en escombros. Y así acontece. Y nada pueden los alzados brazos del sacerdote: En suma, "una religión más había muerto; el último sacerdote había dicho la última misa en la última iglesia". Mejor para Beauclair. Sobre la tierra limpia de escombros se extendería un jardín. Sobre la tierra de la iglesia que fué, rosas y amores.

Corrieron diez años más. La ciudad triunfaba plenamente en la justicia y en la paz social. La herencia había sido suprimida casi por completo; y — lo que es más furierista — se aceptaban y cultivaban todas las energías pasionales. El trabajo seguía su ritmo creador. Mas no todo era trabajo. Fiestas, baños, juegos, invitaban por doquier al solaz.

Pasan más años todavía; y van muriendo, uno en pos de otro los fundadores de la Ciudad Feliz. Pero aun vive Lucas al lado de Josina, de Soeurette y de Susana, dulces y trasparentes ancianitas. Sin embargo, ya hay señales seguras de que la muerte viene por él. ¡Qué importa! El crepúsculo de esta vida pertenece a la poesía, por no decir a la mística. Es muerte de santo, la de Lucas. En torno suyo. las tres mujeres sagradas, teologales, libres de toda terrenidad. En torno también, triunfante, la ciudad, riendo a una eterna juventud. Y por labios de aquellas mujeres sagradas, noticias de redención maravillosas, traídas de todos los cabos de la tierra. Cada una ha recibido algún mensaje de algún viajero. La tierra florece paz, después de tantas y tantas guerras, y florece justicia después de tanta y tanta iniquidad. Oyendo tan dulces cosas cierra los ojos este nuevo San Lucas. Ninguna tristeza en torno suyo. Ríen como siempre los niños. Sonríen dulcemente las mujeres. Se acabó todo. Duerma en paz San Lucas.

Ironía singular del destino, que el hombre de la realidad crudísima, el padre del naturalismo, el que abatió los altares de todos los antiguos dioses, diciendo que eran muertos; el hombre del gran hallazgo de las verdades escuetas; el que desbarató los últimos ensueños del romanticismo y decretó la invalidez de todo Hugo, incluso del Hugo de "Los Miserables", acaso para que no se viese más por el mundo hombre-dios de ninguna especie; ironía singular y enseñamiento sarcástico para él y para cuantos osan decir: "Los tiempos comienzan conmigo"; ironía provechosa y singular que este mismo iconoclasta hiciera hecatombe ante unos pobres dioses de humo, hijos de la más cándida de las utopías . . . ¡Rareza de equivocación, volver la espalda a la historia entera, para hacer finalmente holocaustos a Fourier!

¡Cómo no supo precaverse el destructor de dioses! ¡Cómo no acertó a saber que dioses de humo y de niebla inventa de continuo el horizonte alucinado! No fuera tal implacable destructor como fué, y lo supiera. Lo engañó la perspectiva, lo confundieron las nieblas. Levantaban aras a un dios nuevo. Creyó en él, y corrió con ofrendas. No sabía, no, que el horizonte alucinado inventa de continuo dioses de niebla y de humo, ya para el arte, ya para la religión, y que muchas gentes de muy pobre seso les levantan aras, no más que por cumplir con su natural oficio de alzar altares a todo nuevo dios. Ironía singular y enseñamiento sarcástico.

Poetas jóvenes de Chile

Gabriela Mistral, siempre atenta al movimiento literario de su país, nos envía desde Madrid este grupo de poemas de cinco poetas de los más jóvenes de la nueva generación, que le ha sido regalado por el escritor Luis Enrique Délano. Algunos de ellos han mostrado su temperamento en valiosos libros, claros y entusiastas, como Olga Acevedo en «El Arbol solo», Juvencio Valle en «La flauta del hombre Pan» y «Tratado del bosque», Oreste Plath en «Poemario» y Andrés Sabella Gálvez «Rumbo indeciso». Los otros, que no llegan aún a los veinte años, Jenaro Winet y Eduardo Anguita, han comenzado hace muy poco «el amargo ejercicio de la poesía», pero lo han comenzado bien.

ADOLESCENCIA MORTAL

Quién vió el corazón de ese hombre con maldad,
con ocultos crímenes realizados?
Quién presintió su doloroso nacer,
su llegar a la vida como crueles aguas?

Quién no sintió ese mismo grito
que no precisa de la voz del trueno ni del canto del ángel
para llegar a nosotros en tristes, desoladas cruces?

Yo digo todo esto bajo el miedo de un amén.
Sin embargo no acuso ni defiendo
ese corazón de avance y fugaces secretos.

Pero decir estas cosas es como llorar largo tiempo
o amar, aún, más largo tiempo.

Además, nunca pensé en los difíciles sueños
que traen las cosas más queridas.
Odiar es un sueño tan difícil en esta vaga vida
sin resistencia para los grandes corazones.

Ser valiente como la agonía del recién nacido,
mirar sin ver las cosas y llorar largamente
para que no nos comprendan.
Es ser menos de un niño.
Es ser el espejo de un hombre que ha muerto.

Pero nosotros que llegamos de la velada
de bellos violines en delgados misterios,
y que adoramos la música muriente de los rubios cabellos,
no podremos gritar cuánto durará este sufrimiento
que llena de raíces amargas el feliz corazón malvado.

Tampoco no podría detener el corazón de estos días tan claros
con sólo llevar una flor como valiente espada,
pues temo la fuga de este corazón odiado
que es un pájaro con cantos de luces.

Genaro Winet

1935.

MANZANA

Eres el Sur florido, la ágil manzana verde,
eres la buena tierra preparada con tiempo;
y eres el gajo blanco y el racimo de oro
y eres también la estampa de los naipes silvestres.

Qué centauro ardoroso con sus cascos de plata
holló el musgo ligero donde estabas tendida?
Quién se tendió a la orilla de tu río de sueño
para pescar tu luna y morder tus mañanas?

Corre, corre tus lomas, grácil manzana verde,
huye de pampa en pampa la pasión de los toros.
Nadie te eche su lazo de rocío en el cuello,
nadie te engañe nunca debajo de las higueras.

Que los faunos ignoren tu cantarito nuevo
y que ignoren el vaso de tus néctares buenos,
y la fiesta de cuentas de tus veinte arlequines
riendo como unos diablos debajo de tu suelo.

Juvencio Valle

NIÑA DEL CIELO

Hermana, ¿qué secretas fuerzas debilitaron tu cauce
expresivo?
¿Qué aullido de bestia ciega se traduce en tu enfermedad?
Ya no se acurruca el murmullo del viento en torno de tus ojos.
Tú no sabes explicar el enigma, con tus palabras espontáneas.
Mujer, hermana mía, también hermana triste del entusiasmo.
Hurtándote a la muerte caminas hostigada en la penumbra.
Se que llevas la herida de una espada helada en el pecho.
Cuarenta palomas mueren a tus pies.
Niña tímida, ya no resplandece tu niñez: eres pálida y frágil, sin
transparencias como la oscuridad
Tu nombre, que semejaba una campana de estrellas, es la flor más
triste.
Quién te llama, te ve con tu cara de fiebre,
y cuando tú te llenas de hermosura, es la muerte que se disfraza
de muñeca.
Niña del Cielo,
eres tan buena, tan blanca con tus ojos de rocío...
Tu risa fina navega sobre las blondas,
las brasas no quemarán en tus manos. Neutralizas al fuego.
Soberana de la isla del sol, el perfume de tu sombra es una
hebra de pasto linda como la brisa en tu seno.

Oreste Plath

LA CANCION DEL TIEMPO

Era el silencio y todas las distancias sin nombre.
Qué huracán de alas cálidas la juventud creciente!
Yo iba mordiendo el pétalo del delirio hecho llamas
en una incontenible plenitud dolorosa.
Mar que nunca llegaba. Soledad infinita
donde la muerte alzaba grandes cruces de luto.
Yo iba como una hoja que extraviara su ruta
tendidas las dos manos hacia su luz celeste.
Dónde estabas, qué hacías? Qué madejas de embrujos
te enlazaban la vida? Di, qué hacías, hermano?
Alargada a tu sombra se me ardía el recuerdo
y era una flor de sangre mi corazón tremante.
Dí la vuelta al planeta girando hacia tus vértices
como un astro frenético desprendido al vacío...
Tú crees? Soy la misma, canto y amo lo mismo
porque soy joven y amo, soy la canción de siempre!
Oh corazón de estrellas, corazón infinito,
diosas antiguas aman en tu raíz viajera.
Quién pudiera decir desde dónde has venido
gran relámpago místico y enamorado siempre!
Dulce destino el tuyo, oh corazón de amante
hecho para este canto tan doloroso y bello.
Tú, qué hacías en tanto? Dónde estabas, hermano?
En qué aristas remotas se prendieron tus alas?
Desatadas las velas de mi delirio. Locas
de juventud las claras mañanas del apresto,
dónde estabas, qué hacías? Era la hora máxima...
la más triste y también la más dulce de todas!

Olga Acevedo

LABRADOR DE MAR

Bajo velas de hojas vegetales,
sobre claveles de un jardín marino,
atraviesa mi barco con frutales
dragones griegos de un celeste vino.

No son flautas sus algas vesperales,
ni ha crecido la luna en su camino,
mas huyen labradores pastorales
cazando al torso del corcel marino.

Tú, ramaje de agua, espejo lento,
leche del seno azul de la mañana,
pájaro de las islas Barlovento:

echa las redes a tu pez de lana,
sirena-flor nacida contra el viento,
o en la pollera oval de una campana.

Eduardo Anguita

ACORDEON

Vieja garganta inverosímil y sensual,
cántaro de los desheredados
en la danza desnuda.

Dolor de hembra
de arcilla perfumada
y actitud salobre.

Tristeza de macho
huraño y paciente,
acordeón.

CANCION

Tripulante de panoramas,
mi voz
derrumbó los crepúsculos
y la palabra desencantada
de los puertos
enronqueció mi espíritu.

Mi brújula gitana
orilló las almas vagabundas,
y la tristeza
curvó mis canciones.

Los pájaros vírgenes
treparon a mi gesto
para abarcar los horizontes,
y mi pena suicida
los hizo dolorosos.

El mar precipitó mi sufrimiento.

Ahora soy un puñado de angustias
orillando la muerte.

Andrés Sabella Gálvez

Estampas

De una Junta fatalmente crédula ante la astucia y voracidad de la Electric Bond and Share Co.

Por JUAN DEL CAMINO

= *Colaboración.*— Costa Rica y noviembre del 34 =

Van asomando los corifeos en cuanto la Junta del Servicio Nacional de Electricidad dió solución "definitiva" a las cuestiones pendientes entre ella y la Electric Bond and Share. Es urgente formar el coro que proclame merecedor de la aprobación nacional un arreglo que ha buscado codiciosamente el trust de la electricidad en nuestro país. Pero no debemos caer en la simpleza grande de considerar que la Junta ha resuelto ninguno de los problemas creados con la aparición repentina de una organización hecha exclusivamente para el lucro sin medida. La Electric Bond and Share por medio de su astuto personero dice al simple que ha sido sacrificada, que dió todo lo que pudo dar a una Junta exigente y tenaz. Conocemos bien a la Compañía y sus astucias no nos sorprenden.

Pero hablemos primero de la Junta del Servicio Nacional de Electricidad, no para persuadirla a que vuelva sobre sus pasos, ya que sus pasos no tienen vuelta tratándose de la Electric Bond and Share, sino para comentarle ciertos párrafos de su compacto proyecto. Mejor diríamos de su compacta ley, pues lo hecho ya es obligatorio para el país con la aprobación que se le dió. La Junta dice en su exposición: "Con tanto tiempo que ha pasado, con tanta gente que ha intervenido en el asunto y con todo lo que se ha dicho y escrito a su alrededor, parecía que esto no podía tener solución favorable ni posible fin. De uno y otro lado se tenía como perdida la esperanza de lograr algo que nos sacara del punto muerto en que habíamos caído. Nadie sabía ya qué pretendían las Compañías Eléctricas; y lo que es peor: de parte de los intereses nacionales no se sabía ya cómo estaban las cosas ni qué era lo que convenía más a los intereses del público consumidor de fuerza eléctrica".

En suma afirma en primer lugar la Junta que el problema que la aparición en Costa Rica de la Electric Bond and Share trajo por sus procedimientos monopolizadores había llegado a un punto sin esperanzas de solución. Seis años de la intervención del costarricense en ese problema terrible del monopolio de la electricidad y sus medios de generación sólo hicieron del problema un endemoniado enredo. Las discusiones de palabra y por medio de la prensa ninguna luz llevaron al costarricense preocupado por librar al país de la voracidad despiadada de una compañía yanqui sin entrañas. El costarricense nada sabe de cuestiones relativas a la electricidad nacionalizada, es decir, de la electricidad sin amo fenicio. Se echó a hablar de lo que no entendía en un tono tan constante de protesta contra la Electric Bond and Share que dijo y amontonó estorbos al rededor de un problema grande. Esto afirma la Junta cuando censura lo hecho hasta el presente por los que han tenido fe en una lucha contra un poder de tanto recurso como el que monopoliza la electricidad en Costa Rica.

Y dice todavía cosas más intolerables en un organismo que no puede, si en verdad aspira a trabajar con justicia, menospreciar la cooperación del costarricense honrado. Dice que aquí todos ignorábamos lo que pretendían las Compañías Eléctricas. Es decir, nos coloca en el limbo más completo en nuestro conocimiento de los fines de la Electric Bond and Share. Porque ignorar a estas horas, después de seis años de lucha contra un poder funestísimo, lo que es ese poder, lo que significa su permanencia en nuestro país, adueñado de todas las plantas generadoras de electricidad, es estar en la más absoluta pobreza mental y espiritual. La Junta juzga al costarricense que ha intervenido resueltamente en la lucha contra esa Compañía en una forma muy desgraciada. Sabemos lo que pretende y ha pretendido siempre aquí la Electric Bond and Share. Mentira que ha sido vano lo que se ha dicho y escrito acerca del asunto eléctrico. Los seis años que tiene la Junta como perdidos han servido al país para enterarse precisamente de que la Electric Bond and Share no es organización con la cual podamos tratar en una forma ligera y atolondrada. Esos seis años han revelado que cuando la Electric Bond and Share quiere burlar leyes que la atan y le ponen freno mular, no tiene obstáculos insuperables. Aquí sabemos que la Electric Bond and Share sólo presigue hacer de su monopolio eléctrico la horrible cadena que esclavice al costarricense. Sabemos bien el asunto y lo planteó en forma grande que hubo una Junta que entendió bien y permanente. Esa Junta dejó al Servicio Nacional de Electricidad tradición de seriedad y estudio que no es posible menospreciar en la forma en que lo hace la actual Junta. Si al costarricense de la calle se le quitan capacidades para tratar problema de tanta magnitud, no puede hacerse lo mismo con el que tuvo la responsabilidad del organismo precisamente en los días más difíciles y de mayor agresividad de la Electric Bond and Share. Aquella Junta estudió profundamente el problema. Allí están sus grandes resoluciones, sus admirables proyectos de arreglo. No encuentra el costarricense en lo que dejó aquella Junta el deseo de dar solución momentánea a cuestiones que piden solución verdadera, es decir, solución que libre la electricidad en Costa Rica de las garras fenicias de la Electric Bond and Share. La obra defensiva de la electricidad realizada por la Junta primera no puede olvidarla quien sienta que la Electric Bond and Share es la amenaza siniestra de nuestra electricidad. Para defenderla peleó bravamente con la Compañía monopolizadora, sin cansarse, sin deponer su sentido vigilante. El costarricense estuvo con esa Junta siempre y está seguro que hizo bien.

De suerte que no ignora ni ha ignorado el costarricense acechado por la Electric Bond and Share lo que esta Compañía pretende desde que invadió el país. La Junta actual ha hecho una acusación injustificada que se vuelve aún más agresiva cuando afirma que de parte de la nación "no se sabía ya cómo estaban las cosas ni qué era lo que convenía más a los intereses del público consumidor de fuerza eléctrica". Nunca, señores de la Junta, ha habido esa confusión que pintan en su informe o preámbulo. El yerro grande consiste en plantearse el problema en la forma minúscula en que parece hacerlo la Junta. Quiere resolver definitivamente una cuestión y la reduce a arre-

glitos en los cuales es la Electric Bond and Share la mayor beneficiada. Esto es imperdonable en una Junta que confiesa que se han perdido seis años miserablemente. Y porque se han perdido en esa forma le viene ahora al país con un parche que tape la realidad del problema eléctrico. Nosotros sabemos qué es lo que conviene, no a los intereses del público consumidor, es decir, a los abonados de la Electric Bond and Share, sino lo que conviene a la nación en esta batalla tremenda contra esa Compañía monopolizadora. Y debía la Junta saberlo así también. Si lo supiera no habría confesado que se habían perdido seis años y que al cabo de ellos sólo podía dar una modesta tarifa para regir dos años. No. El problema es nacional y no local. Si la Junta lo hubiera planteado con el carácter nacional que tiene no habría dado ese arreglo que nada resuelve. Fijarle a la Electric Bond and Share unas tarifitas sin base permanente es nada más que abrirle el camino para que afiance un monopolio que será feroz, de una ferocidad que hará miserable la vida del costarricense.

No. El problema es hondo y no debe dejarse para resolverlo en tandas, Está planteado por la Junta anterior y está resuelto por leyes de la República que legisló precisamente para contener a la Compañía que venía impetuosa y desatada a sometérnos al vasallaje de su poder. La Junta no lo resuelve como debe resolverlo. ¿Qué pasará ahora con ese contrato de dos años en que va a regir una tarifa simplona? Que la Electric Bond and Share extenderá de un modo permanente y definitivo su monopolio. El arreglo le legaliza situaciones que la Electric Bond no ha podido legalizar sin someterse a las leyes de la República. Le dice que concesiones extinguidas y caducas vuelven a tener valor y con ellas la Compañía adquiere armas para no dejarse vencer. Y no es esto lo que el país quiere de un organismo en el cual residen todas las atribuciones para la defensa de su electricidad nacionalizada. Si la Junta hubiera pensado menos en la ignorancia del costarricense, en su desconocimiento del problema eléctrico, habría propuesto solución verdadera. Pero se enredó en minucias y el resultado es que la Electric Bond and Share ha conseguido abrir la brecha que buscaba ansiosa hace seis años para legalizar sus compras a precios usurarios, para hacer buena una situación ilegítima. Tiene ahora dos años para trabajar tesoneramente e imponerse. La Junta ha caído en la infantilidad de consignar en el arreglo que al cabo de ese período "las dos partes (la Junta y la Compañía) tratarán de llegar a un acuerdo sobre un nuevo contrato a mayor plazo".

No llegarán a más acuerdo, porque si ha podido la Electric Bond and Share explotar la electricidad seis años con contratos extinguidos y concesiones caducas, reviviéndole esos contratos y esas concesiones se hará eterno su dominio. Al cabo de dos años empleará sus conocidos procedimientos de entretener y amenazar y el tiempo correrá sin dar solución al problema. Quizá valdría decir que con una solución admirable para la Electric Bond and Share, porque habrá conseguido todo lo que necesita para volverse invencible.

La Junta es fatalmente crédula y la Electric Bond and Share se aprovecha. El convenio resuelve la cuestión de precio de la electricidad, según afirma esa Junta. Pero no hay nada que autorice para decir que el precio de la electricidad va a quedar fijado siquiera en ese convenio. Leamos este párrafo del citado arreglo: "Entre tanto, el Servicio Nacional de Electricidad como las Compañías acumularán y estudiarán todos los datos necesarios para establecer tarifas equitativas, tomando en cuenta las necesidades y costumbres de las diferentes clases de consumidores. Las dos partes se interesarán por establecer buenos servicios a precios los más bajos que fueren posibles". Entienda el costarricense a quien la Junta cree metido en el limbo en cuestiones eléctricas. Entienda que ni siquiera se ha trabajado en este arreglo en una forma definitiva como se anuncia. La Junta y las Compañías (la Electric Bond and Share, ¡oh ironía!) acumularán y estudiarán datos para hacer tarifas equitativas. Y entonces ¿cuál es la solución definitiva que se ha dado al problema eléctrico en Costa Rica? Por unas tarifas que no son fruto del estudio de datos ciertos revive la Junta contratos y concesiones fenecidas en beneficio de la Electric Bond and Share. Por unas tarifas sin base científica se otorga a la Electric Bond and Share el derecho de ejercer el más abominable control policiaco sobre los abonados. Cuando ese celebrado convenio nos rija ya no habrá casa que dos o tres veces por día no se vea asaltada por los inspectores y controladores de la Electric Bond and Share que a pretexto de medirle el servicio al abonado entrarán a colocarle aparatos apropiados para robarle energía eléctrica y todo bajo el reinado de unas tarifas provisionales. ¿Qué será cuando el estudio de datos acumulados por la Junta y las Compañías logre tarifas definitivas? Pero no llegará ese día. Con lo que ahora da la Junta a la Electric Bond and Share tiene para los siglos de los siglos.

La llave de la paz de América

(Definición del agresor)

Por *JOSE SANTOS CHOCANO*

= *Envío del autor*.—Santiago de Chile. Octubre de 1934 =

I

Desde el persistente Conflicto del Chaco hasta el inverosímil entredicho chileno-paraguayo, no son pocas las demostraciones de la ineficacia de los pactos anti-bélicos y demás esfuerzos hechos por mantener en nuestra América una paz simplemente mecánica. La paz orgánica no puede ser, por otra parte, sino el resultado de un completo cuerpo de leyes, que tengan fuerza de tales para todas nuestras Repúblicas; y así es cómo, con celebrar la noble intención de todos los pactos anti-bélicos firmados en América, tiene que convenirse, en nuestro concepto, en que la paz orgánica de ésta no sobrevendrá hasta el día feliz en que haya entrado en vigencia el sencillamente ejemplar "Código de la Paz", propuesto por México en la Conferencia de Montevideo, que resolvió someterlo, por conducto de la Unión Panamericana, a la consideración de los Gobiernos miembros de ella.

Mientras llega a entrar en vigencia tal Código, en que se concentran, articulan y completan, en un solo instrumento de derecho, todas las disposiciones dispersas en los diferentes Tratados anti-bélicos, consignándose además otros principios y procedimientos apropiados, así para la prevención como para la solución pacífica de los conflictos internacionales, hay que adelantar camino en el sentido de asegurar lo más pronto posible siquiera sea la paz mecánica de nuestra América.

No sin antes formular votos porque se haga, próximamente, una realidad, la Corte Americana de Justicia Internacional que propugna en su proyecto México, justo es reconocer a éste, por su excepcional ubicación geográfica, libre de los recelos, emulaciones y resquemores

que afectan la sinceridad con que inician sus propuestas de paz y celebran sus Tratados anti-bélicos nuestras demás Repúblicas.

Es de sumo interés reparar en que el entredicho chileno-paraguayo se produce alrededor del concepto de la "neutralidad"; y es de igual interés reparar también en que el último Tratado anti-bélico, propuesto por el Canciller de la Argentina y firmado ya por todas las Repúblicas del Continente, se basa sobre el concepto de la "agresión".

Conforme a este Tratado, la "neutralidad" desaparece virtualmente para con el "agresor", así como desaparece efectivamente en el Tratado de Versalles. Por manera que el mismo entredicho chileno-paraguayo, que gira sobre la apreciación de la "neutralidad", hace pensar en la necesidad que para la eficacia del Tratado Saavedra Lamas es la definición del "agresor", como hubo de hacerlo constar atinadamente Colombia, al firmar dicho Tratado con una reserva, en que se acogió a la definición propuesta por Politis.

Sólo cuando el "agresor" esté definido por común acuerdo entre las naciones signatarias del Tratado Saavedra Lamas, éste será verdaderamente eficaz. No otro tampoco es el vacío que se siente en el Tratado de Versalles, cuyos artículos 10° a 16° se han prestado al admirable juego con que Máximo Litvinoff, el habilísimo Canciller de Rusia, mantiene sacudida la Conferencia del Desarme en Ginebra, con su propuesta definición del "agresor".

Muchas y grandes son las inquietudes que se hubieran evitado, si en el Tratado de Versalles se definiese al "agresor", quedando, consecuentemente, esclarecido el nuevo concepto de la "neutralidad". Basta reparar, por lo que se refiere a nuestra América, en que habría sido conjurado el conflicto del Chaco, puesto que Bolivia y Paraguay son miembros, como se sabe, de la Liga de las Naciones: por cierto que ninguno de los dos beligerantes acepta la responsabilidad inicial del conflicto, acusándose recíprocamente de la actitud que cada uno de ellos, por diversa manera, conceptúa como "agresión".

Fácil es deducir la importancia que para la paz de América fuera el completar el Tratado Saavedra Lamas con la definición del "agresor", tal como, en la oportuna reserva a que ya nos hemos referido, hubo de entenderlo Colombia. Así es cómo, con el mayor acierto, el "Código de la Paz", propuesto por México, tiene como artículo 1° el mismo artículo 1° del Tratado Saavedra Lamas; pero consagra precisamente, su artículo 2° a la definición expresa y clara del que debe ser reconocido como Estado agresor, simplificando la propia definición de Politis en una fórmula, en que luego nos ocuparemos, por lo mismo que la encontramos excepcionalmente satisfactoria.

No puede ser así más obligada la apreciación suscinta que nos proponemos hacer de los conceptos de "agresión" y "neutralidad", según el nuevo Derecho Internacional, que en realidad ha comenzado con el Tratado de Versalles.

II

Tenemos dicho que con el Tratado de Versalles ha comenzado un nuevo Derecho Internacional, edificado sobre el concepto — aún por definirse — del "agresor" y haciendo desaparecer, en efecto, el preexistente concepto de la "neutralidad".

Basta referirse a la Liga de las Naciones, que establece en los Artículos 10° y 16°, para citar sólo dos de ellos, una evidente alianza defensiva de los Estados Unidos signatarios contra toda posible agresión.

Se hace necesario repetir el texto de los Artículos en referencia para que no quepa la menor duda en la opinión pública de nuestros pueblos de América, tan poco ilustrados en materias internacionales.

He aquí lo que expresa el Artículo 10°: "Los Miembros de la Liga se obligan a respetar y a mantener contra toda agresión exterior la integridad territorial y la actual independencia política de todos los Miembros de la Liga. En caso de agresión, de amenaza o de peligro de agresión, el Consejo informará sobre los medios de asegurar el cumplimiento de esta obligación".

He aquí lo que expresa el Artículo 16°: "Si algún Miembro de la Liga, contraviniendo las obligaciones impuestas por los Artículos 12, 13 ó 15 recurre a la guerra, se considerará ipso facto como autor de un acto de guerra contra todos los demás Miembros de la Liga. Estos se obligan a romper inmediatamente con aquel todas sus relaciones comerciales o financieras, a suspender todas las relaciones entre sus nacionales y los del Estado autor de la ruptura del pacto y hacer cesar todas sus comunicaciones financieras, comerciales o personales entre los nacionales de aquel Estado y los de cualquier otro Estado, ya sea o no Miembro de la Liga. En ese caso tendrá el Consejo el deber de recomendar a los diversos Gobiernos interesados los efectivos militares, navales o aéreos, con los que los Miembros de la Liga habrán de contribuir respectivamente a las fuerzas armadas que se destinen a hacer respetar las obligaciones de la Liga. Convienen, además, los Miembros de la Liga, en prestarse mutuo apoyo los unos a los otros en la aplicación de las medidas económicas y financieras que deban adoptarse en vista del presente artículo, para reducir al mínimum las pérdidas y los inconvenientes que de esas medidas puedan resultar. Se prestarán igualmente su mutuo apoyo para resistir a toda medida especial que contra alguno de ellos pueda adoptarse por el Estado infractor del Pacto. Adoptarán las disposiciones necesarias para franquear el paso a través de su territorio a la fuerza de cualquier Miembro de la Liga que participe en la acción común para hacer respetar las obligaciones de la Liga. Po-

drá ser excluído de la Liga cualquier Miembro culpable de violación de alguna de las obligaciones resultantes del Pacto. La exclusión podrá ser decretada por el voto de todos los demás Miembros de la Liga representados en el Consejo".

Como se ve, la "neutralidad" queda excluída contra la "agresión"; y, por lo mismo, es fundamental la definición precisa, que aun no se ha hecho, sin embargo, del Estado agresor.

Sabido es que con haber sido el Presidente Wilson el iniciador de la Liga de las Naciones, los Estados Unidos decidieron no formar parte de ella, por razón, principalmente, de los dos artículos citados, manteniendo, así, en todo su vigor el antiguo concepto de la "neutralidad". A pesar de tal resolución, varias veces los Estados Unidos han procedido en acuerdo con la Liga de las Naciones, por lo que se refiere a la "no neutralidad", como en el actual caso del embargo de armas para los beligerantes del Chaco.

Publicistas de tanta autoridad como el Juez Basset Moore y el Profesor Borchard han disertado, últimamente, sobre la conveniencia de mantener a los Estados Unidos al margen del sistema adoptado por la Liga de las Naciones, por lo mismo que consideran difícil llegar a un acuerdo sobre la definición del agresor.

La mayor dificultad consiste, a nuestro juicio, en que, dentro de la realidad internacional europea, a ningún Estado le conviene tal definición, para reservarse la posibilidad de ser el agresor sin que se le pueda acusar concretamente como tal. ¿Ocurre lo mismo en nuestra América? Debemos comprobar que no.

De todas suertes, hay que reconocer que así como la Guerra Europea ha provocado ensayos —ya algunos de ellos muy prolongados— de colectivismo económico-social (Rusia, Italia y, recientemente, Estados Unidos), el Tratado de Versailles por medio de la Liga de las Naciones, trastornando los conceptos preestablecidos, ha substituído lo que pudiéramos llamar el individualismo por el Colectivismo Internacional.

Veamos ahora los esfuerzos hechos en Europa por definir, en el nuevo Derecho, al Estado agresor, para precisar después lo que corresponde a nuestra América, desde el doble punto de vista señalado por el Pacto anti-bélico Saavedra Lamas y por el Código de la Paz propuesto por México.

Han de Islandia

= *Envío del autor.*—Costa Rica y octubre del 34 =

El protagonista de la obra primigenia de Víctor Hugo, nos deja conturbados... El bandido de Klipstadur recorre las montañas de Rarrás, y en ellas, al abrigo de peñascos sombríos, decapita mineros a golpes de hacha; luego, veloz en la fuga, ya abismado en precipicios, se guarece en cavernas para beber con todas ganas, en el cráneo del desdichado Gil Stadt, la sangre de sus víctimas. Hugo no olvida al sanguinario islandés en su brutesca vivienda, y le da un amigo...: es Friend, el oso que le cobra cariño al amo y dueño, digno de sus aullidos por lo rojo de sus ideas y lo diabólico de sus resoluciones.

Benigno Spiagudry, el vejete decrépito, erudito a su modo a fuerza de leer amarillos infolios y de manosear cadáveres, emplea toda su ciencia en convertir sus habilidades en la percepción de codiciados dineros. El feroz Han aprovecha cierta oportunidad. Cuando a manera de ave, en morosos vuelos, la noche cae lenta sobre la tierra, el **Hombre Fiera** alza en vilo, en sus nervudos brazos, a Spiagudry y, desde la torre del Castillo de Vermundo, le arroja al espacio que oculta el trágico fin del pobre Benigno. Y este desenlace se explica. Han debía deshacerse del guarda de Spladjst, porque el que tiene por oficio matar, no gusta de la sabiduría en muletas, que despelleja a los muertos.

En lucha franca con Han, está Ordoner Guldenlew, joven que simboliza gracia en la heroicidad, hervor de ideal, bondad indisipable y reverberante, arielada aspiración en avasalladora plenitud, sobre lo descubierto del mundo. Es decir, el bárbaro frente al ángel; el primero con las máculas del crimen en las manos. El segundo con los destellos del bien en el alabastro de la frente.

El autor de "Nuestra Señora de París", con el propósito de realzar las inquietudes de Ordoner, le busca a Ethel Schumacker, dulce niña que no es sino esperanza y amor que sublimizan todo viril impulso, todo empeño inmaculado como pluma nueva de pájaro blanco.

Han de Islandia es fuerza ciega que destruye toda existencia. Su objeto es exterminar con hacha, a diente y uña, y prorrumpir en carcajadas espantosas deseoso de exteriorizar su odio ante voluntades que persiguen superiores ascendimientos y anhelos caricioso, preñados de inmortalidad.

Para dolor de la época, reclaman el imperio de Han, corazones enlodados en el bache de una vida henchida de egoísmos ogrescos. Han, que en el escenario de la realidad representa una bestia humana, tal vez susceptible de reforma, resulta fatal en el caso de esos hombres que llevan un **Han de Islandia** en el mundo interior, porque un monstruo de soberbia demoníaca, de ignorancia violentada, cuando se enseñorea del espíritu, estampa el sello de su impureza en los escudos de una maldita eternidad.

Carlos Jinesta

Una generación exige justicia...

(*Viene de la página siguiente*)

fecha del último día en que lo hubiesen ejercido.

e) Que la eficacia de la labor de la Comisión Asesora de la secretario de Relaciones y de la que debe nombrarse para nuestra Legación en Washington, con motivo de las nuevas negociaciones que se lleven a cabo para el nuevo convenio, esté asegurada por la idoneidad de su personal y por su intervención obligatoria de las cuestiones de importancia.

f) Que se hagan gestiones tendientes a la organización y funcionamiento de una Editorial, a base de cooperativa, dedicada principalmente al estudio, divulgación y formación de una conciencia pública e internacional en derredor de los problemas que tienen, como se deja dicho, su expresión jurídica en el Tratado del Canal.

La realización de este problema que se acaba de esbozar, exige, indudablemente, la reconstrucción integral de nuestra vida política, económica y social.

El Congreso de ex-Alumnos del Instituto Nacional de Panamá, convencido de la necesidad inaplazable de cristalizar en hechos estas conclusiones básicas, lanza este manifiesto a la ciudadanía panameña y a todos los pueblos de la Tierra, que es un llamado a la lucha por la liberación de nuestra nación.

Todos los miembros de este Congreso firman el presente manifiesto en acto de solidaridad y garantía de su ejecución.

(*Presentado al Congreso el día 21 de Julio de 1934, y aprobado y firmado por todos los delegados*).

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X
Suscrición mensual: ₡ 2-00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Desde que Garrison fundó su *Liberator* no hubo paz en la Unión: ¡cómo crecen las ideas en la tierra!—*José Martí*.

Representante en Hispanoamérica:
Alfredo Piñeyro Téllez
EXTERIOR: { El semestre, $ 3.50 / El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

Una generación exige justicia

El congreso de ex-alumnos del Instituto Nacional, en sus Bodas de Plata, denuncia la nulidad del Tratado del Canal de 1903 y las violaciones norteamericanas

= De *Acción Comunal*.—Panamá. Julio 26 de 1934 =

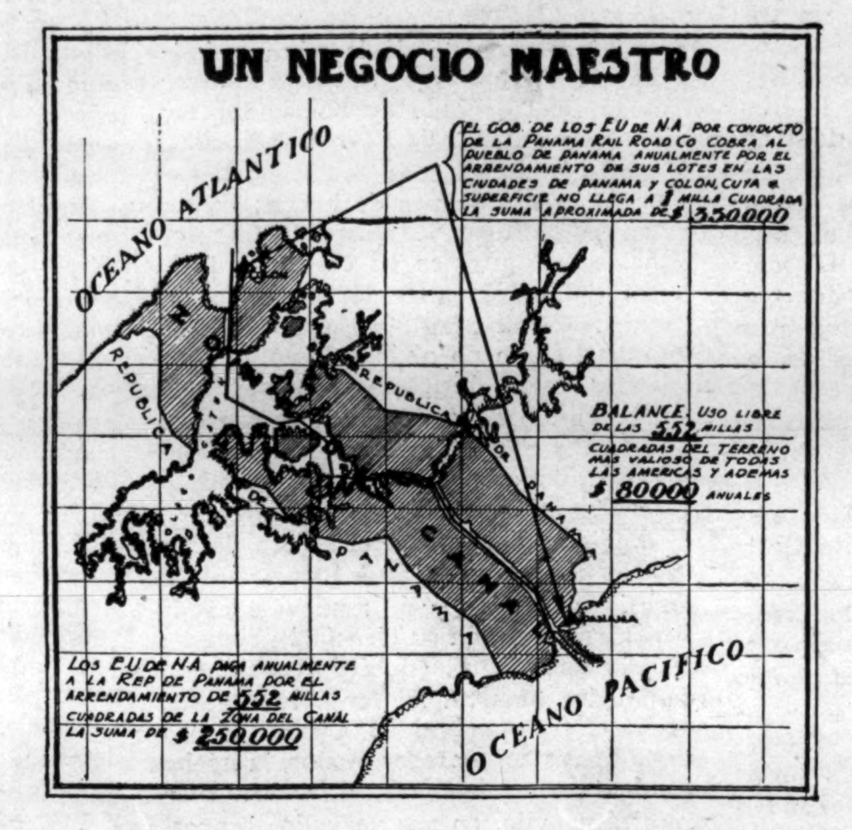
El Congreso de ex-alumnos del Instituto Nacional reunido por primera vez con ocasión de las Bodas de Plata del plantel, aprobó en asamblea general el siguiente Manifiesto al país:

El Congreso de ex-Alumnos del Instituto Nacional de Panamá, considera que el problema de las relaciones de la República y los Estados Unidos de Norte - América, que tienen su origen en el hecho del Canal y que han recibido una reglamentación jurídica inadecuada e injusta por medio del tratado de 18 de Noviembre de 1903, es problema fundamental para la República y que por no estar resuelto, precisa que la nueva generación panameña evoque su estudio y solución.

El Congreso de ex-Alumnos del Instituto Nacional de Panamá considera, además, que el problema de las relaciones entre Panamá y los Estados Unidos de Norte-América radica fundamentalmente en la situación de sometimiento en que se encuentra nuestra nación respecto del imperialismo estadounidense, representado por el Gobierno de la casa Blanca. El Tratado del Canal del 18 de Noviembre de 1903, nulo en sí mismo, no es sino la expresión jurídica en esas relaciones.

La acción que corresponde desarrollar es, por tanto, primariamente, una acción general contra el imperialismo norteamericano. Sin embargo, la existencia de dicho tratado y la aplicación unilateral que le ha dado el Gobierno de los Estados Unidos de Norte - América, reclama el desarrollo de tareas inmediatas que el Congreso, después de meditado estudio propone a consideración, haciendo hincapié en que la liberación completa de nuestro país no se conseguirá sino con el derrumbe del imperialismo internacional por obra de los oprimidos de todo el mundo.

No es del caso ahondar más en las causas por las cuales, no obstante que este problema data desde antes del nacimiento de la República, no sólo no haya sido solucionado, sino que, antes bien, tienda a agudizarse cada día más y más, hasta haber llegado a constituir una verdadera amenaza para la vida económica y política de nuestro nacionalidad. Mas, si es necesario ya, que las fuerzas vivas del país, parte apreciable de las cuales se encuentra representada en este Congreso de ex-Alumnos del Instituto Nacional, que puede considerarse como el nervio de la nacionalidad panameña, defina en términos precisos los lineamientos generales de este problema trascendental para la ciudadanía y determine, a grandes rasgos, la política a seguir que unifique los esfuerzos tendientes a darle satisfactoria solución.



El Congreso de ex-Alumnos del Instituto Nacional conceptúa que esta política ha de tender a la abrogación completa y absoluta del tratado del Canal de 18 noviembre de 1903 y su sustitución por un pacto bilateral que no entorpezca nuestra vida política y económica, que nos garantice el pleno disfrute de nuestra posición geográfica y que, al asegurar, asimismo, la neutralidad efectiva de esa vía interoceánica, la convierta en instrumento de paz, de progreso y de bienestar para el mundo.

En el nuevo Convenio se impone:

1º)—La consignación expresa del derecho de revisión de todo nuevo pacto que se formule cuando hayan cambiado las condiciones fundamentales bajo las cuales haya sido formulado.

2º)—La eliminación de toda posibilidad de interferencia en el ejercicio de nuestra soberanía como Estado libre e independiente; el mantenimiento de nuestra integridad territorial y el reconocimiento de nuestra absoluta soberanía en la Zona del Canal, con los derechos inherentes a ella, limitada tan sólo por las necesidades indispensables para el mantenimiento y operación del Canal.

3º)—La garantía absoluta de que la Zona del Canal no será convertida en ningún momento en campo de explotación comercial.

4º)—El reconocimiento del derecho de la República de Panamá a compartir con los Estados Unidos de Norte-América, los beneficios materiales y morales derivados de la obra del Canal tanto por la participación en el comercio natural que proporciona el tráfico interoceánico, como por el disfrute de las oportunidades de trabajo y empleos que ofrezca su operación y mantenimiento.

5º)—La construcción por cuenta del Gobierno de Estados Unidos de Norte-América, de medios de comunicación permanentes—tunel, puente, etc.—que garantice el libre tránsito a través del Canal y el reconocimiento expreso del derecho de Panamá de construir todas las vías terrestres interoceánicas que exijan su desarrollo económico y político.

6º)—La declaración expresa de que toda divergencia de opiniones surgida con motivo de la interpretación del nuevo pacto será decidido mediante arbitraje.

El Congreso de ex-Alumnos del Instituto Nacional considera, por otra parte, que como cuestión conexa ha de exigirse también la devolución inmediata de las tierras en poder de la Compañía del Ferrocarril de Panamá, que están destinadas al uso exclusivo del mantenimiento y operación del citado Ferrocarril.

El congreso de ex-Alumnos del Instituto Nacional estima que para la realización de estas inmediatas aspiraciones del pueblo panameño es urgente marcarse un rumbo definido a seguir y perseverar en él con todo empeño, decisión y valentía; y, en consecuencia, recomienda como postulados para este programa de acción los siguientes:

a) Que en las relaciones internacionales de la República de Panamá con todos los países, y en particular, con los Estados Unidos del Norte-América, se siga invariablemente la política de la diplomacia de la puerta abierta.

b) Que se establezca un servicio de información y divulgación permanente, dentro y fuera del país, de los asuntos internacionales panameños, con especialidad de los relacionados con los Estados Unidos de Norte-América.

c) Que se organice el servicio diplomático y consular, a base de capacidad, eficiencia y con completa desvinculación de los intereses del capitalismo imperialista, y que, para el caso especial de nuestra Cancillería y de nuestra representación diplomática ante el Gobierno de la Casa Blanca, sea preocupación de nuestros Gobiernos la escogencia de ciudadanos cuya integridad moral e intelectual, constituya garantía suficiente para el recto manejo de los intereses nacionales.

d) Que, aprovechando las penosas y persistentes lecciones de la experiencia y para la mejor consecución de los fines apuntados en el parte anterior, se labore en el sentido de obtener una reforma constitucional en virtud de la cual se declaren ineligibles para el cargo de Presidente de la República a los ciudadanos que hubieren ejercido la cancillería o cargo diplomático en los Estados Unidos de Norte América dentro del período presidencial constitucional inmediatamente anterior al de la respectiva elección, y declarando asimismo inhábiles para ejercer cargo diplomático alguno en ese mismo país, a los ciudadanos que hubiesen ejercido el poder ejecutivo, hasta cuatro años después de la

(Pasa a la pág. anterior)

Imprenta «LA TRIBUNA»